



Marian Izaguirre  
La Bolivia

Por la autora de  
*La vida cuando  
era nuestra*

**D.J.57**

**MARIAN IZAGUIRRE**

**La Bolivia**

**DEBOLSILLO**

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

*A los que se cogen de la mano estando ausentes.  
A los que se confían secretos sin susurrar nada al oído.  
A los que cruzan miradas de complicidad sin verse.*

*La Bolivia, agosto de 1993*

Querido Richard:

Te extrañaré saber que estoy de nuevo en La Bolivia, el lugar en el que vivió mi familia durante tantos años y del que luego fuimos alejándonos, hasta que todo quedó reducido a un simple recuerdo enterrado entre montañas de polvo.

Tendrías que ver el estado en el que se encuentran la Casa Grande, el cenador de las glicinias, las laderas del mirador... Algunas cosas se conservan milagrosamente. Otras han perdido todo sentido y parecen decorados de una obra que nadie se molestará en representar jamás. La casa y el resto de las dependencias están enmohecidas. El enfoscado se ha caído en la fachada principal y una de las habitaciones de la segunda planta tiene el tejado hundido. Los pájaros anidan dentro, al amparo de las vigas, y el diván está enterrado entre un centenar de tejas y cascotes. Desde el centro de la habitación se puede ver el cielo. Es un efecto extraño, desconcertante, porque se oye un rumor continuo de seres vivos, el olor del campo invade la estancia y tienes la sensación de que hay alguien escondido entre las sombras. Por las noches me gusta asomarme a ese pequeño hueco a través del cual puedo contemplar las estrellas y, en cierto modo, la cara oculta del pasado.

Mi padre hacía eso mismo. Intentar desentrañar los secretos dormidos en la alacena de la historia. En esa habitación de la que te hablo estaba su santuario. Allí pasaba horas y horas con sus papeles y sus extrañas caligrafías sin sentido. ¡Qué par de locos nuestros padres! ¿Recuerdas el gimnasio? Está totalmente destruido. Alguien se ha llevado los aparatos en los que esos dos krausistas chiflados se retorcían cada día. Solo queda la

escala que hizo tu padre y el viejo plinto de madera, que ahora tiene las tripas de gomaespuma al aire. Me apena ver todo este abandono, pero al mismo tiempo siento un nudo de emoción en el pecho, como si estuviera a punto de descifrar el último párrafo de un manuscrito inacabable.

El abandono es una idea terrible, una amenaza que va cosida a las personas como si se tratara de su sombra. La parte humana de La Bolivia, las edificaciones, los muebles, todo aquello que hicieron los hombres, sufre su ausencia y decae hasta su pronta desaparición. Pero el resto de la finca, su lado salvaje, ha mejorado considerablemente. Solo la naturaleza es capaz de regenerarse a nuestras espaldas, solo los árboles, las plantas, el campo, sobreviven a esta brutal ausencia de seres humanos. El yélamo parece más verde y frondoso que nunca y los alcornoques, ahora que la Compañía Corchera ha dejado de explotarlos, surgen por todo el monte. Los caminos que se abrieron para las recuas de mulas han desaparecido y ahora todo el sobral es un bosque salvaje en el que los árboles crecen deformes, pegados los unos a los otros. A veces las copas se entretajan y oprimen hasta formar un techo verde que apenas deja entrar unos cuantos rayos de sol.

Me temo que este es uno de esos lugares que sobreviven a su propia historia. Antes de que perteneciera a mi familia, había sido una de las muchas fincas de recreo que los duques de Alcoy tenían en Andalucía. La Casa Grande eran las antiguas caballerizas y la explanada que tú y yo conocimos como El Mirador, ese hermoso alto rodeado de castaños y especies exóticas que tanto admiraba tu padre, era el lugar en el que estuvo la primitiva residencia. Por lo visto, la duquesa era aficionada a la botánica y llenó los alrededores de árboles y toda clase de pájaros que hacía traer de América. ¿Recuerdas las cotorras, herrerillos y torcaes que cruzaban de copa en copa, entre ginkgos y catalpas? ¿Recuerdas el árbol de las trompetas, o aquel otro fresno de flores blancas que tu padre llamaba «árbol

de maná»? La duquesa veía todo ese vergel desde sus ventanas. Debió de ser un lugar hermoso. Cuando mi abuelo compró La Bolivia, la casa de los duques ya no existía. Se había quemado totalmente. En el incendio murió uno de los hijos y, según he oído, esa fue la causa de que la vendieran.

Entonces La Bolivia no se llamaba así, el nombre se lo puso mi abuelo, que regresaba de América donde había conseguido amasar una pequeña fortuna con la explotación de una de las últimas minas de plata en la región de Huayacacho. Era un hombre con una voluntad de hierro, capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera. Creo que nunca te hablé de él. Nadie lo hacía. Mi madre había decidido borrarlo de su vida, pero de algún modo extraño seguía asustada por su posible presencia. Nunca nos trajo aquí mientras él vivía, nunca consintió en volver a La Bolivia hasta que, no se sabe por qué, paradojas de la vida, la recibió como herencia.

Era yo muy pequeña y vivíamos en Méjico. Recuerdo a mi padre enterrado entre montañas de papeles, ya entonces estaba atrapado por el dichoso códice. Había descubierto en el convento de las Vizcaínas un ejemplar desconocido de la obra *De unico vocationis modo omnium gentium ad veram religionem*, del padre Fray Bartolomé de las Casas. Hasta entonces se creía que todos los manuscritos existentes procedían de una copia del siglo XVII que estaba depositada en la Biblioteca Pública del Estado de Oaxaca. Mi padre se empeñó en demostrar que el Códice de las Vizcaínas era anterior y se dedicó a buscar por todo Méjico datos que apoyaran su tesis. Apenas teníamos dinero, pero él seguía empeñado en registrar los archivos coloniales en busca de datos, documentos y cartas manuscritas cuyo sentido nadie podía imaginar. Quería llevarnos a Cuba y a Venezuela, donde esperaba encontrar alguna de las ediciones posteriores, pero en aquella época ya había consumido la mayor parte de su patrimonio familiar.

La Bolivia llegó como llovida del cielo. Tuvimos que venir a España para hacernos cargo de la herencia. La intención de mi madre era vender la finca, solo por eso aceptó regresar, quería conseguir el dinero necesario para que mi padre pudiera seguir con sus investigaciones. Sospecho que le costó mucho tomar esa decisión y que, de no ser por el trabajo de mi padre, jamás hubiera consentido en volver. Tú no puedes saber qué motivos tenía para aborrecer este hermoso lugar. Recuerdo que siempre te gustó La Bolivia. Para ti no era nada, una escala de viaje, un espacio de recreo en el que descubrir cosas nuevas. Pero ya te he dicho que la historia puede transformar la realidad, eso lo aprendí de mi padre, el origen de las cosas, sus secretos dormidos, tienen una enorme capacidad de alteración y lo que hoy es blanco mañana puede parecernos negro. Para mi madre, La Bolivia era un lugar detestable que solo le traía malos recuerdos.

Te he dicho que mi abuelo fue un hombre con una voluntad de hierro. Era también un ser egocéntrico que consiguió crearse un mundo a la medida, sin interferencias del exterior, donde no podían caber otras normas que las suyas y otro objetivo que la mera consecución de sus inmediatos deseos.

Vivían aquí, apartados de todo lo que podemos considerar humano. Vivían él, mi abuela, los hijos, porque tuvo veinte hijos aunque solo nueve consiguieron sobrevivir, y una hermana de su mujer que vino con ellos y que, como mi abuela, era boliviana. Por aquella época todavía no se explotaban los alcornoques, así que mi abuelo dedicó la finca a la cría de ganado. Caballos y reses que ocupaban diez kilómetros de dehesa. Pero, sobre todo, la utilizó para esconderse de las miradas ajenas, para que nadie pudiera apoyar en datos ciertos las habladurías que ya circulaban por toda la comarca.

El indiano concebía un hijo cada seis meses. ¿Sabes lo que quiero decir? Sí, los niños nacían de ambas hermanas, aunque solo mi abuela figuraba

como madre. Muchos morían al nacer, antes de cumplir el año, pero a veces la naturaleza resistía, y mi madre, que nunca pudo saber a ciencia cierta cuál de las dos mujeres la había traído al mundo, se llevaba tan solo tres meses con su antecesor, de modo que siempre lo supo y nunca lo perdonó, aunque se empeñara en guardar el mismo pertinaz silencio que invadió toda su infancia, un silencio lleno de vergüenza y temor a las palabras.

¿Recuerdas el camino de las adelfas, el que baja desde la parte trasera de la casa hasta el embalse? Mi madre solía venir cada tarde, cuando el calor era insoportable y todos los demás dormitábamos desperdigados por las habitaciones o nos mecíamos silenciosamente en las hamacas del jardín. Desde mi escondrijo de la torre contemplaba, tarde tras tarde, su pequeña figura enterrada por cientos de flores, hasta que desaparecía entre los árboles que rodean el embalse. Una o dos veces fui tras ella, la seguí llena de curiosidad, pensando que podía descubrir el secreto que mi madre guardaba en su interior. Pero no había nada que ver. Se sentaba en la orilla y miraba durante horas el agua.

Ayer hice eso mismo. Bajé por el camino de las adelfas y me quedé durante mucho tiempo mirando la superficie verdosa del embalse. No ocurrió nada. Nadie me siguió, aunque tuve la impresión de que estaba representando un papel que no era el mío. No sé si me entiendes. Por un momento creí que yo era mi madre y que mis pensamientos eran los suyos. Estaba allí, junto a la soledad del agua, a dos pasos del embarcadero. Las tórtolas volvieron a beber en la orilla y un millar de mariposas blancas revoloteó entre los juncos y mimbreras. El silencio era total. Entonces yo, que era yo y al mismo tiempo mi madre, reconocí el trazo de una escritura secreta, lo que ella debía pensar en esos momentos de soledad, lo sentí como si fuera yo misma quien lo pensaba, por primera vez lo vi todo escrito

en el interior de mi cabeza, que hasta entonces no había sido sino una página en blanco.

Era una mujer extraña. Afectuosa, siempre supe que me quería, igual que mi padre, tuve suerte en eso, pero había algo en ella que se escapaba, una parte de sí que no nos pertenecía y de la que nunca pude saber gran cosa. No le gustaba estar aquí. La torturaba este lugar, lo que significaba en su vida. No entiendo cómo pudo resistir los dos años que pasamos en la finca, totalmente aislados del mundo, esperando tan solo a que mi padre ordenara un sinfín de documentos indescifrables que cada día parecían multiplicarse sin que nadie, salvo él, creyera que todo ese esfuerzo silencioso y tenaz tendría un final.

Hace unos días me acerqué hasta el cortijo de Los Llanos. No sé qué extraños sentimientos me llevaron hasta allí, la soledad seguramente, o el deseo de ver a un ser humano que no se hubiera movido de lugar, alguien como la vieja Águeda, capaz de permanecer atada al paisaje que la vio nacer durante toda su vida.

¿Te acuerdas de Águeda? Estaba en el patio, a la sombra, con las manos desmayadas sobre el regazo como si durante estos años no hubiera hecho otra cosa que permanecer en actitud de espera. Me reconoció enseguida.

—¡Ay! ¡Niña Irene! —exclamó levantándose, sorprendida, de su viejo balancín—. ¡Si eres tú! ¡No puedo creerlo!

—Sí, Águeda, soy yo —respondí mientras contemplaba los aspavientos de una anciana que me recordó asombrosamente a mi madre durante sus últimos años de vida.

Me hizo pasar al interior de la casa. Todo estaba igual, en el mismo sitio, con la misma asombrosa pulcritud ordenada de otros tiempos: la mesa de roble, el aparador, la botella de cristal y las copas de anís, las mismas

cortinas que parecían recién colgadas... Solo Águeda estaba más vieja, sus nerviosos andares un poco más torpes, su mirada ligeramente cansada.

Me preparó un vaso de limonada con unas hojas de hierbabuena, ¿recuerdas?, igual que hacía cuando la visitábamos. La pobre Águeda siempre me tuvo un gran afecto. Me miraba como si estuviera contemplando un milagro.

—Te has hecho toda una mujer.

Me hizo gracia su observación.

—Tengo cuarenta y dos años, Águeda.

Ella me miró como si eso fuera poco menos que imposible, pero luego asintió con la cabeza.

—¿Tienes hijos, niña Irene? —me preguntó, escudriñando mi rostro con sus pequeños ojos legañosos.

—No —respondí.

—Bien —dijo como si tratara de hacerme entender que se mostraba de acuerdo, que aprobaba ese aspecto de mi vida. Luego se acercó, me acarició la cara y pasó lentamente la mano por mis cabellos.

—El pelo de los indios —murmuró—. Y la misma figura que tu madre.

Te asombrará saber que me gustó su contacto, que tuve la impresión de que esa caricia podía apartarme de la locura, que me ataba a la existencia más que cualquiera de las cosas absurdas en las que había desperdiciado mi vida durante los últimos años.

—¿Has ido a verlos? —preguntó.

Se refería, sin duda, a mis padres. Están enterrados en Montaña, creo que no lo sabes.

—Sí —le dije—. Llevo una semana en la Casa Grande. Recordé que me había extrañado ver flores frescas en las tumbas.

Águeda suspiró.

—El tiempo pasa deprisa, niña Irene. Dentro de poco nadie se acordará de nosotros.

Hubiera querido decirle que estaba allí tratando de recomponer la escritura de mi propia vida, que yo sentía ese mismo temor y que deseaba con todas mis fuerzas encontrar algo que organizara los sucesos pasados, como mi padre, necesitaba ordenar los trozos desperdigados de la historia para poder entender el presente.

—Nadie viene nunca por aquí —murmuró con tristeza—. Seguramente todos estarán muertos.

¿Quiénes eran todos? Pensé que no podía referirse a nosotros.

—Ellos, niña Irene —dijo con desprecio—. Los otros.

Hablaba de mis tíos, los hermanos de mi madre. Siempre los llamó así y siempre, cuando de pequeña la oía referirse a ellos, tenía la impresión de que Águeda también les guardaba un gran rencor.

—No sé, yo tampoco tengo noticias de ellos. Y nunca he querido tenerlas. Cada uno siguió su camino, ya sabes.

—Tu madre era la única buena en esa familia. Todos los demás llevaban la sangre de tu abuelo. Eran crueles y egoístas, malos por dentro.

Luego cambió de tono y la expresión de su cara se dulcificó hasta hacerla parecer mucho más joven. No sé si recuerdas su pelo rojo, como el mío, como el de los muchos hijos que el indiano había dejado desperdigados por todas partes. Era una huella inequívoca, una señal de procedencia que no necesitaba palabras y que ahora, con el paso del tiempo, se había mitigado hasta convertirse en un reflejo dorado. Todos sabían que Águeda era hija de mi abuelo, pero nadie la ayudó nunca, creció en el cortijo de Los Llanos con su madre, una campesina que también tuvo que convivir con la vergüenza, y nunca pudo o nunca quiso salir de aquí. Mi madre venía a

verla cuando eran chicas, iba con ella a recoger higos en Gayol o nueces en Montaña, todo a escondidas, a riesgo de enfrentarse con la brutalidad del abuelo que tenía grandes planes para cada uno de sus hijos, para todos, menos para Águeda.

—Cuando tu madre se casó y se fue a Granada, yo lo sentí mucho. Luego pasamos años sin vernos, tu abuelo murió algún tiempo después de que lo hubieran hecho sus dos mujeres, hasta en eso tuvo suerte el condenado, se libró de las dos cuando apenas empezaban a envejecer, así, una detrás de la otra, se murieron de cualquier cosa, no sé, seguramente se cansaron de aguantarlo, era un hombre duro como las piedras, se cayó del caballo, ya ves, en el camino de Gayol donde al parecer vivía una de sus últimas queridas, no era demasiado viejo, pero seguía siendo el mismo sinvergüenza. ¿No te importará que hable así de él, niña Irene?

—No, Águeda.

Era cierto, no me importaba. Al contrario, se lo agradecí, porque esa era precisamente una parte de la historia que me resultaba totalmente desconocida.

Le pedí que continuara.

—Cuando tu madre heredó la finca pensé que la vendería y luego, cuando regresaron de América y se vinieron a vivir aquí, me alegré de que tu padre fuera un hombre con sentido común y que La Bolivia le gustase, que la llenara de gente e hiciera venir a esos amigos suyos tan raros, los ingleses, ¿recuerdas, niña Irene, al inglés?, siempre buscando bichos por el campo y preguntando sobre las plantas, con aquella mujer suya tan grande, que levantaba diez palmos del suelo y se reía sin parar... Fueron buenos tiempos para este lugar. En la Casa Grande se oyeron por primera vez gritos de alegría, hasta aquí llegaba el eco, porque tú ya lo sabrás, la felicidad

produce un eco que se extiende muchas leguas a la redonda y, afortunadamente, lo salpica todo como si fuera lluvia en tiempos de sequía.

Me gustó que dijera eso, porque para mí no existe otro tiempo más feliz, más intenso, que los largos meses de verano en La Bolivia. Cuando me despedí de ella, se sentó de nuevo en el balancín y se quedó mirando al vacío, con el mismo gesto ausente que tenía mi madre cuando bajaba al embalse.

Luego regresé a la casa por el camino de los bancales. Las casas de Montaña se veían a lo lejos, en el llano, y la cordillera de la costa estaba cubierta por una luz desmayada que la convertía en un conjunto de sombras azules donde no se podía distinguir nada.

Durante el trayecto pensé en lo que Águeda había dicho. «El eco de la felicidad.» Era cierto. Después de veinte años yo también podía sentirlo.

Los ingleses llegaron una mañana del mes de junio. Estaba acostumbrada a las visitas, pues en Méjico mi padre recibía en su casa a todos los exiliados que llegaban pidiendo cobijo y muchos se quedaban durante meses sin que nadie les preguntara cuándo pensaban marcharse. Pero, al llegar a España, este trasiego de gentes había terminado de forma brusca y desconcertante, hasta el punto de que no habíamos visto a ninguno de los hermanos de mi madre, nuestra única familia; era realmente incomprensible regresar de un exilio de diez años y que nadie, absolutamente nadie, viniera a darnos la bienvenida. Nos refugiamos en La Bolivia como si fuéramos delincuentes. Apenas salíamos de la finca. Era como si mis padres quisieran evitar que alguien los viera. Durante muchos meses me sentí diferente, era solo un estado mental, pero la idea de una extraña singularidad me desgajaba de lo que había sido el mundo hasta entonces. A mí y a ellos, porque mis padres se ensombrecieron según pisaron suelo español. La alegría desapareció de sus rostros. Parecía que llevaran un peso muy grande encima. Siempre he querido saber por qué regresamos y nunca conseguí entender el motivo por el cual mis padres tomaron esa decisión incomprensible. Éramos felices, teníamos amigos, y de pronto todo se vino abajo, un buen día cogimos un barco y cruzamos el océano para enterrarnos en una España triste y mediocre, donde solo podíamos ser los perdedores de una guerra que, aunque lejana, había dejado su impronta en todo lo que nos rodeaba. Méjico estaba lejos. Nuestra casa, el mirador desde el que se contemplaba la plaza de Coripe llena de puestos multicolores, la colonia Lindavista con sus hermosas casas y sus árboles cuajados de flores que yo cruzaba cada día para ir al colegio, el sonido gozoso de las voces, las risas y el ruido cautivador de un constante bullicio que parecía descender desde el Cerro y extenderse por la ciudad, por el país entero. Todo eso había desaparecido

sin que yo pudiera entenderlo, porque lo más desolador era la profunda sensación de que estábamos solos. Los afectos y la solidaridad que nos unían en Méjico a los exiliados españoles habían dejado en mí el hábito de pertenencia a un grupo, con sus códigos y sus lealtades inquebrantables, una experiencia que resultaba difícil de soslayar y que nuestro regreso había convertido en mera nostalgia. Hubiera dado cualquier cosa porque el tiempo corriera hacia atrás, por recuperar la imagen cálida y entrañable que pervivía entre mis recuerdos. Pero sabía que eso ya no era posible. En España no era posible.

Tardé tiempo en acostumbrarme a este nuevo paisaje de hombres y mujeres invisibles. La Bolivia era un lugar seco y abrasador, lleno de luz, pero también lleno de miedo, que reflejaba nuestros temores ocultos como si el mundo no existiera a nuestro alrededor y los gestos y las voces apagadas fueran la única forma de vida sobre el planeta. No veíamos a nadie. No había un solo rostro amable y yo tenía la impresión de que España era un país inhóspito, en el que tanto mi padre como mi madre, ambos por diferentes motivos, trataban de pasar inadvertidos. Por eso, la llegada de los ingleses tenía algo de restauración, era la vuelta a un tipo de vida que había sido frecuente durante mi infancia y del que me sentía injustamente privada.

Llegaron al amanecer. Abrí los ojos al oír las primeras voces. Me extrañó que fuera tan temprano. El sol aún no alcanzaba la altura suficiente como para filtrarse por las hendiduras de la persiana. Permanecí unos segundos en la cama, intentando descifrar aquellos sonidos extraños que llegaban hasta mí confundidos con el alboroto matutino de los pájaros, y pude reconocer las voces de mis padres, aislándolas de aquellas otras desconocidas, una voz de hombre, clara y diáfana, la risa contagiosa de una mujer, una mezcla de murmullos complacidos que presentía en el jardín, bajo mi ventana.

Me asomé. El hombre era muy alto y llevaba unos extraños pantalones de cuadros sujetos por tirantes. Iba en mangas de camisa. Mi padre y él se abrazaban calurosamente. La mujer también era muy alta. Desde la ventana pude ver su vestido de flores y un curioso sombrero de campesina que se quitó de pronto, dejando ver un cabello rubio que le cayó en cascada sobre los hombros, mientras el sombrero aterrizaba suavemente sobre una de las hamacas.

Y allí estabas tú. Tropecé con tus ojos que perseguían el vuelo de un pájaro alrededor de la casa. Sonreíste y yo pensé que era una mañana estupenda, la primera de una nueva vida. Lo mejor que podía hacer era bajar cuanto antes y formar yo también parte de esa maravillosa y sorprendente escena.

Fue un día repleto de emociones. Después del desayuno, los dos hombres salieron a caballo. Iban a recorrer la finca, porque el inglés quería estudiar las especies autóctonas, los «endemismos», decía él. Tú pretendías acompañarlos, pero no sabías montar y pensaron que era mejor que te quedaras conmigo y te llevara a descubrir los linderos del embalse y te enseñara las tortugas, que por aquellos días empezaban a salir de sus huevos.

Eras un guapo muchacho de quince años, alto y rubio, de tez pálida y ojos azules como los de tu madre. Muy distinto de los chicos mejicanos que yo había conocido hasta entonces y de los pocos españoles que había visto desde mi llegada. Eras, sobre todo, un magnífico compañero de aventuras, según pude descubrir muy pronto.

Bajamos al embalse. Yo me había acercado a uno de los nidos y apartaba el barro para mostrarte los pequeños huevos blancos, pero cuando volví la vista comprobé que tu ropa estaba en el suelo y que tú habías desaparecido bajo el agua. Asomaste la cabeza por uno de los laterales del embarcadero.

—No está fría —dijiste.

Hacía calor, como siempre en La Bolivia, pero yo no estaba dispuesta a desnudarme delante de nadie, y mucho menos delante de un chico. Durante un buen rato continuaste haciendo señas con el brazo para que te siguiera, pero luego te alejaste tratando de alcanzar la otra orilla. Recuerdo haber pensado en ello con cierta envidia, pues muchas veces contemplé los cerros cubiertos de espliego que se extendían más allá del embalse, sobre todo en los meses de primavera, cuando aparecen pequeñas flores tapizando las laderas y el aire se llena de una sorprendente fragancia. El otro lado del embalse... Era un lugar mágico y prohibido, inalcanzable, porque allí estaba el lindero, el final de La Bolivia, y detrás de esos pequeños montes

perfumados se alzaban la cordillera de la costa, y más allá los barcos, el mar y, en cierto sentido, todo lo que habíamos dejado atrás.

Me quedé en el embarcadero, sentada, con los pies rozando la superficie del agua. Todavía seguía pensando en un posible baño cuando oí un ruido a mi espalda. Me sobresalté. Entre los arbustos había una mujer. Era un tanto estrafalaria. Llevaba un viejo mono de hombre, de color azul desteñido, y una gorra de miliciano por la que asomaban unos cuantos mechones rojos. Nos miramos en silencio. Recuerdo la sorpresa y la sensación que me invadió al ver sus cabellos rojos, como los míos, el rostro pecoso, de pómulos marcados y el contorno aristoso, como tallado a cuchillo.

—Eres una de los indianos, ¿verdad?

Creo que mi rostro reflejó toda la sorpresa que sentía y que ella se dio cuenta de que no sabía responder.

—Eres la hija de Teresa —añadió.

Asentí con la cabeza.

Miró hacia el camino de las adelfas, como si temiera que alguien pudiera vernos desde allí.

—Hay gente nueva en la casa —dijo con tono misterioso.

Me pareció que estaba tratando de adivinar algo. Luego volvió la vista hacia el embalse, supongo que pudo verte, y se acercó unos pasos.

Me miró con atención. Señaló mi cabello corto, pero inevitablemente rojo como el suyo, y murmuró:

—También tú llevas dentro la semilla del demonio.

No pude evitar un estremecimiento. Ella se dio cuenta de que sus palabras me habían asustado y sonrió. Hizo un gesto con la mano, como si barriera el aire.

—No tienes que tener miedo —dijo—. El mal nunca se pega a la piel de

las buenas personas. Solo los malvados atraen la desgracia. Tu madre es buena. Yo quiero mucho a tu madre.

No me di cuenta de que nadabas de nuevo hacia el embarcadero. Saliste del agua sin ningún recato y comenzaste a vestirte ante nuestros ojos. Yo no había visto nunca un cuerpo de hombre completamente desnudo. Recuerdo que bajé la vista avergonzada y que mi cara se inflamó como una brasa.

La mujer se rió. Con rostro burlón, se acercó a mi oído y murmuró:

—Es un guapo chico. Dios ha hecho con él un buen trabajo.

Me sonrojé aún más. Tú nos mirabas con curiosidad, pero sin darle a la escena excesiva importancia. Creí que todo era una ridícula pesadilla y que me iba a resultar imposible salir airosa de semejante situación.

Estabas medio vestido cuando te acercaste a nosotras.

—¿Dónde anidan las tortugas? —preguntaste con naturalidad.

Águeda te observó complacida.

—Tiene buen color —me dijo en voz baja—. Fíjate siempre en el color de la piel. Si un hombre tiene la cara gris, no debes fiarte de él.

Luego se dirigió a ti:

—¿Cómo te llamas, inglés?

—Richard —respondiste sorprendido. Supongo que considerabas imposible que una desconocida pudiera adivinar que eras inglés con solo verte. Luego supimos que era capaz de eso y mucho más.

—Bien —dijo a continuación—. Cuida de la chica. No dejes que le pase nada malo.

Después de esto se alejó unos pasos. Pensé que por fin me libraría de ella, pero se detuvo y se llevó la mano a su estafalaria gorra polvorienta.

—¿Veis ese camino? —nos preguntó.

Señalaba un sendero estrecho y apenas perceptible en el que yo nunca había reparado.

—Siguiendo siempre la dirección del río se llega al cortijo de Los Llanos —añadió—. Veréis unos cuantos alcornoques que tienen el tronco pelado. Muy cerca está mi casa. Si venís esta tarde, os enseñaré algo mucho más interesante que esas sucias tortugas.

Luego volvió a mirar hacia el camino de las adelfas y sonrió como si hubiera descubierto en lo alto algo que le agradara.

—Se acerca el tiempo de las sorpresas, el tiempo de los hallazgos —dijo dirigiéndose de nuevo a nosotros que permanecíamos mirándola en silencio, como quien no entiende nada—. Ah, y dejad los nidos en paz. Si los tocáis, se los comerán los pájaros antes de que nazcan.

Mucho después, cuando las cosas fueron en otro sentido, cuando todo había terminado, pensé en nosotros, en todos nosotros.

Ha pasado mucho tiempo. Mi vida no ha sido lo que yo esperaba, pero no me quejo, en el fondo sé que la felicidad puede pertenecernos con esa intensidad de apariencia interminable que solo los grandes sentimientos poseen, pero también he aprendido que su esencia es fundamentalmente efímera, cuesta mantenerla cautiva y puede salir volando al menor descuido.

Ahora lo sé.

Comimos en el jardín, bajo los cuatro tilos de sombra profunda. Fue durante esa primera comida cuando me di cuenta de que La Bolivia se había transformado.

—Le he enseñado a Douglas los linderos de la finca, desde el cerro de los Monteros hasta Las Arenillas —dijo mi padre.

—Es impresionante —aseguró el inglés—. Nunca pensé que Andalucía pudiera ser un lugar tan frondoso.

Mi madre sonreía con desgana.

—Hay por lo menos cinco paisajes bien diferenciados entre el bosque de pinos y los alcornocales —explicó el inglés entusiasmado—. Gargantas pobladas de alisos y acebuches, lomas cubiertas de brezo y lentisco, hay ciervos en la espesura de los bosques y águilas que anidan entre las rocas calizas del peñón.

—Hemos ido por los alcornocales hasta el peñón.

Al oír esas palabras, mi madre hizo un gesto extraño.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó.

—Ni un alma —respondió el inglés alegremente—. Pero no lo hemos recorrido todo. Mañana iremos a la dehesa.

Mis padres se miraron. En los ojos de mi madre de nuevo el temor. Mi padre negó con la cabeza de modo imperceptible, como si quisiera tranquilizarla.

—Estoy realmente impresionado —continuó diciendo el inglés—. Lo que llamáis La Veguilla es un ejemplo perfecto de cultivo de secano, pero solo trescientos metros más arriba los carboneros instalan sus hornos de brezo y los muflones asoman las poderosas astas entre la espesura.

—¿No había nadie en el monte? —insistió mi madre.

—Bueno, sí, había unos hombres. Agustín me ha llevado a la cañada donde estaban recolectando el corcho. Era todo un espectáculo.

En sus labios La Bolivia parecía un territorio para la aventura. Recordé, de pronto, lo que había pasado en el embalse.

—Nosotros hemos visto a una mujer en el embarcadero —le dije a mi madre mientras los ingleses hablaban entre sí—. Dice que te conoce.

—¿Quién era? —preguntó, sorprendida.

Le expliqué lo que la mujer me había dicho.

—¡Águeda! —exclamó con una sonrisa en los labios.

Luego se retiró a una de las hamacas que había en la explanada. A partir de ese momento se mantuvo apartada, pensativa, sumida en uno de esos silencios que eran tan habituales en ella.

Recuerdo que todos los demás estábamos alegres y que después del café mi padre bajó su viejo gramófono al jardín y que los dos, el inglés y él, cantaron «La forza del destino» a pleno pulmón y que tu madre reía a carcajadas viendo a esos dos viejos locos desgañitarse detrás de los compases de un disco medio rayado. ¡Eran tan distintos y, al mismo tiempo, tan parecidos! Compartían el gusto por el ejercicio físico y las arias de Verdi, aunque tu padre era botánico y el mío un paleógrafo al que habían despojado de su cátedra por culpa de la guerra.

Extrañas profesiones, ahora que lo pienso. He de confesar que el inglés me parecía un poco excéntrico, aunque en cierto sentido no podía evitar sentirme fascinada por ese gigante de pelo casi blanco que se subía a los árboles y se arrastraba entre los matorrales como si fuera un niño. Águeda tiene razón al recordarlo buscando hierbas y bichos por el campo. Más tarde leí sus libros, conocí sus viajes y comprendí que sus estudios tenían una dimensión conciliadora entre el hombre y el universo salvaje, que él se empeñaba inútilmente en controlar con un simple cuaderno de tapas de hule. Ahora mismo, mientras te escribo a la luz de una pequeña lámpara, me doy cuenta de que han vuelto las luciérnagas. El diario de Pérez Clavijo está a mi lado. Hace una hermosa noche y yo me siento bien, por primera vez me siento bien en muchos años.

Esa misma tarde nuestros padres empezaron a construir el gimnasio.

Trabajaron sin descanso. Primero sacaron los trastos viejos que había en el desván y los pusieron en el corredor de la última planta. Me gusta ese sitio. Siempre me ha gustado. Es un ancho pasillo que va a dar a una gran terraza. A un lado estaba el despacho de mi padre; al otro, la escalera que lleva a la torre. Es la parte de la casa que más siento perder, porque desde allí se podían contemplar el embalse y la curva pronunciada del río, cuando desciende hacia el llano. Desde este mismo lugar veía a mi madre bajar por el camino de las adelfas y perderse entre los árboles. El corredor estaba lleno de plantas. Era fresco, agradable en verano, y durante el invierno el sol entraba por la terraza y lo iluminaba todo con una increíble luz blanca.

No sé por qué lo hicieron, no sé por qué eligieron el desván para instalar el gimnasio. Pero el caso es que fue dicho y hecho. En cuestión de minutos todos estábamos contagiados por un absurdo frenesí.

—¡Helen! —gritaba el inglés de vez en cuando—. ¡Mira esto!

Y aparecía con un perchero o con una vasija de cerámica.

—Teresa, tienes que salvar este arcón —le rogaban a mi madre.

Pero ella lo miraba todo con indiferencia.

—¿Para qué? —preguntaba con ese tono ausente que me indignaba tanto.

—Agustín, díselo tú, por favor —insistía Helen, admirada—. Hay que encontrar un sitio para este precioso aguamanil.

Durante horas amontonamos muebles desvencijados, cajones polvorientos, cántaros desportillados y mil cosas más que iban bajando de la torre una tras otra. Al final de la tarde, cuando parecía que nadie podía dar un paso más, descubrieron la habitación cegada.

Mi padre nos llamó. Subimos todos. El inglés y él habían retirado una vieja alacena que estaba apoyada contra la pared del fondo, a la derecha de la ventana, y pudimos ver con asombro que había una estrecha puerta tapiada con ladrillos. Douglas intentaba ver el interior alumbrándose con un mechero.

—¡Es un cuarto secreto! —exclamó Helen.

Vi empalidecer a mi madre.

—Irene —ordenó mi padre—. Sube un pico del cobertizo.

Nunca lo había visto tan excitado.

—Richard —añadió—, ve con ella y trae la linterna del coche.

Nos pusimos manos a la obra. Cuando volvimos, Douglas había conseguido tirar un par de ladrillos. Le pasé la linterna.

—Dame el pico —dijo mi padre.

Golpeó con fuerza y los ladrillos cedieron sin dificultad. El desván había quedado casi vacío, por lo que a cada golpe se producía una estrepitosa reverberación similar a un cataclismo. El eco se repartía por la habitación y el polvo resultaba muy incómodo. Helen abrió la ventana. El sol estaba sobre los cerros y, a lo lejos, el embalse parecía una simple mancha dorada. Todos guardábamos silencio. Por fin, cuando el hueco fue lo

suficientemente grande como para que pudiéramos pasar sin peligro, Douglas nos alumbró con la linterna y, uno tras otro, entramos todos en la misteriosa habitación. Era un cuarto de reducidas dimensiones que carecía de toda iluminación. El suelo no era de madera, como en el resto de la torre, sino de barro, y estaba algo más bajo, de modo que tuvimos que sortear un pequeño desnivel al entrar. No había muebles, solo un gran armario de dos puertas que estaba situado en el ángulo del fondo y que ocupaba la mayor parte del habitáculo.

—Abrámoslo —dijo el inglés.

Mi madre temblaba. Helen exclamó:

—¡Qué emocionante! ¡Una recámara!

Me di cuenta de que mi madre trataba de retroceder; quería impedir que siguiéramos adelante, pero no se sentía capaz de expresar su temor a lo que aquel imprevisto descubrimiento pudiera significar.

—Acércate, Teresa —dijo mi padre—. Vamos a descubrir el secreto que guardaba tu familia en este misterioso mechinal.

Ella tenía miedo. Lo sé. Cogí su mano y noté que estaba fría como el hielo. Mi padre abrió el armario.

Recuerdo que primero aparecieron grandes fajos de algo que parecían billetes, pero no lo eran porque tenían el tamaño de un periódico y estaban divididos en cupones. Douglas sostenía la linterna. A algunos de ellos les faltaba la parte inferior, que había sido recortada con cuidado. Cogió uno de aquellos papeles y lo examinó atentamente.

—Son acciones de una compañía minera —dijo con asombro.

Después leyó en voz alta:

—«Argentíferos Montearabí, S. A. Capital de Cuatrocientas Cincuenta Mil Pesetas, dividido en 4.500 Acciones de Cien Pesetas. Título de Cinco Acciones de Cien Pesetas al Portador».

Las había por cientos. Fajos y fajos de papel rojo, dividido en acciones, numeradas y selladas, todas ellas cubiertas de ilustraciones en las que se veía a una ninfa recostada sobre una máquina de la que salían monedas y, como fondo, el supuesto paisaje de la mina, los lavaderos y pabellones cuyos tejados exhalaban una ficticia humareda que cubría el cielo de hollín.

Mi madre temblaba imperceptiblemente.

—Mira, Teresa. —Douglas acercó uno de aquellos documentos a la luz—. Lee lo que dice aquí. Explotaciones Mineras de la Sierra de Aljaraque. La sociedad se constituyó en Granada en 1912. Creo que se trata de una mina de plata.

—¿Crees que pueden tener algún valor? —preguntó Helen—. Sería fantástico.

—No lo creo —respondió Douglas—. Todas están troqueladas, ¿veis? Estos agujeros en forma de estrella deben querer decir que fueron anuladas en su día.

—¡Oh! —exclamó Helen—. ¡Qué lástima!

En esos momentos alguien dijo:

—Aquí hay algo.

Todos miramos a Richard. Se había metido en el interior del armario y sostenía en las manos un bulto cubierto por una tela de rayas. Estaba agachado sobre el bastidor e intentaba ponerse en pie, cuando pisó un herraje interior, se tambaleó bruscamente y cayeron sobre él dos pesadas baldas.

Sonó como si el mundo entero se hubiera desplomado. Richard lanzó un grito de dolor. Helen y Douglas corrieron hacia él. Había poca luz. Por eso, seguramente, nadie se dio cuenta de que mi padre cogió el paquete, lo destapó y sacó de su interior un viejo libro con las tapas destrozadas. Lo abrió y pasó lentamente las hojas. Después lo cerró con una sonrisa de

triunfo en los labios. En ese instante, no sé por qué, volví a pensar en Águeda.

Te llevaron a Montaña. Cuando volviste, el sol acababa de morir detrás de los últimos cerros y tú llevabas un brazo en cabestrillo.

Por la noche, agotados, encendimos velas en el jardín y, después de la cena, empezó a convocarse la magia que marcaría para siempre vuestra estancia en La Bolivia.

En una de las mesas, cerca de los tilos, tú y yo tratábamos de no caer rendidos por el cansancio. Sobre nuestra mesa habían encendido un candil de carburo y en la de nuestros padres, un simple fanal con una gran vela en el interior que se consumía lentamente y creaba constantes sombras cambiantes alrededor de todos ellos. Entre su mesa y la nuestra había un abismo de oscuridad que los desplazaba más y más lejos, de modo que resultaba misterioso seguir su conversación porque parecían dos espacios distintos, pero unidos por una maravillosa sonoridad que traía las palabras casi intactas, con el peso sobrecogedor y fascinante del silencio nocturno que las aumentaba como si se tratara de un eco.

—Es un libro censurado por la Inquisición —oí decir en voz baja a mi padre—. Debe de tener cuatrocientos años de antigüedad.

Hablaban del libro que había en la torre.

—¿Un libro prohibido? —preguntó el inglés sumamente interesado.

—Efectivamente. No está fechado, pero creo que fue escrito a finales del siglo XVII. Era una época de intensa actividad del Santo Oficio.

Douglas se levantó y se acercó a mi padre. Miró por encima de su hombro. La luz del fanal iluminaba desde abajo su rostro que parecía tan blanco y espectral como el de un fantasma.

—¿Cómo lo has sabido?

Mi padre tenía ambas manos sobre la cubierta del manuscrito.

—Mira —dijo abriendo la tapa—. ¿Ves este sello? Una cruz, una rama de olivo y una espada. El escudo de la Inquisición.

—Creí que solían quemar los libros prohibidos.

—No todos. A veces simplemente los retiraban de la circulación para que los expertos estudiaran su contenido.

—¿Es un libro religioso? —preguntó Helen.

—No, en absoluto. Parece el diario de un hombre de ciencia. Un burgués seguramente.

—Pero ¿de qué trata? —insistió Helen.

—Todavía es pronto para decirlo. La letra es confusa y está muy deteriorado, pero creo que describe distintos procedimientos para la obtención de plata. Contiene fórmulas y dibujos que no he podido interpretar. Quizá se trate de un químico.

—Interesante —murmuró el inglés—. Muy interesante. ¿No será un libro de alquimia?

Mi madre se levantó en ese momento. Mi padre siguió hablando.

—Es posible. El siglo xvii fue una época fecunda en estos temas y dio mucha bibliografía hermética.

Nadie parecía prestar atención a mi madre, que se había alejado en dirección al mirador. La oí decir:

—Helen, mira esas luces.

Tu madre se levantó también. Ellos dos estaban inclinados hacia delante, con los rostros cerca de la vela, sumidos en un juego de sombras que los convertía en conspiradores.

—¿Qué vas a hacer con el libro?

—No sé. Primero quiero ver cuál es exactamente su contenido. A primera vista parece bastante interesante.

—¡Chicos! ¡Mirad esto! —gritó Helen desde la oscuridad.

Las laderas del mirador estaban llenas de diminutas luces verdes.

—¿Qué son? —preguntaste, asombrado.

El inglés se deslizó entre la hierba y los matorrales hasta que tuvo una en sus manos.

—Luciérnagas —dijo.

Nos la mostró.

—Acercaos. Mirad por el hueco de mi mano. ¿Veis cómo brillan?

Las pequeñas luces centelleaban y el aire traía un olor penetrante que me recordó el aroma de los puestos de magia en Veracruz, cuando por la noche se encendían los candiles y los compradores se acercaban silenciosos a solicitar conjuros y brujerías.

—¿Pueden volar? —pregunté al ver que las luciérnagas cambiaban de lugar.

—Solo los machos disponen de alas —me contestó Douglas sin levantar la vista del insecto que había atrapado—; pero, fíjate, son las hembras las únicas que pueden hacer esto.

Entre sus manos se retorció un gusano de unos dos centímetros, cuyos anillos posteriores desprendían una tenue luz fosforescente. Sentí una emoción extraña.

Miré a mi alrededor. Estábamos todos en la oscuridad del mirador, rodeados de cientos de lucecillas, Richard había descubierto el manuscrito en un cuarto tapiado y todo era fantástico, maravilloso y apasionante. Pensé otra vez en las palabras de Águeda. «Se acerca el tiempo de las sorpresas, el tiempo de los hallazgos», repetí en mi interior.

El paisaje cambió inesperadamente. Los días se volvieron largos, repletos de acontecimientos. Pasaban cosas. Eso era lo mejor de todo, que pasaban cosas, y que yo había dejado de escuchar el terrible silencio de la nada.

Al día siguiente, mi madre y Helen fueron en coche a la estación.

Tenías dolores. Aun así, querías acompañarlas. Tu madre se negó.

Entonces te empeñaste en bajar de nuevo al embalse. Esta vez no podías bañarte. Recorrimos el sendero que sigue el cauce del río, tal y como Águeda nos había indicado. No sé qué tratábamos de descubrir. Al principio avanzamos sin dificultad; pero, a cada paso, el camino se hacía más intransitable y llegó un momento en el que era casi imposible seguir adelante. La maleza alcanzaba más de un metro y por todas partes había zarzas. Decidimos dejar la ribera y subir hacia el bosque.

Hacía mucho calor. Jadeabas.

—¿Quieres parar? —pregunté.

—No —respondiste—. Sigue. Creo que estamos cerca.

Pero no era así. De algún modo extraño nos habíamos perdido. Lo supe cuando me di cuenta de que desde el cerro al que habíamos llegado se veían las tierras del yélamo, con el peñón al fondo. Ni rastro de la Casa Grande.

Te miré. Estabas muy pálido.

—Tiene que ser por allí.

Señalé el bosque de pinos.

—¿Los pinos están cerca de la casa? —preguntaste.

—No lo sé.

El sol estaba justo sobre nuestras cabezas.

—Deben de ser las doce —dijiste.

Calculé que llevábamos más de dos horas andando.

—Vamos hacia el bosque.

—No —contesté—. Creo que debemos bajar a Los Llanos. Hay un cortijo, el de esa mujer que vimos en el embalse. Sé dónde es.

No era cierto. Jamás había estado allí, pero recordaba sus palabras: siguiendo la dirección del río. Caminamos durante media hora antes de que pudiéramos ver los alcornoques con el tronco pelado.

Águeda estaba en el patio, de pie, como si nos estuviera esperando. Al fondo, junto a la puerta de la vivienda había un emparrado.

—Tienes mala cara, inglés —dijo por todo saludo.

Nos hizo sentar a la sombra y nos sirvió un vaso de limonada. Luego sacó una pequeña botella llena de algo que parecía jarabe y te obligó a beber una cucharada.

—Es para el dolor —aclaró.

Se acomodó en el balancín, a nuestro lado, y allí permaneció sin decir una palabra durante un buen rato. Contemplé el lugar con calma. Un gran patio central con la vivienda frente a la entrada; a un lado, un gallinero rodeado por una alambrada y, al otro, el granero, donde habían colocado una escalera de mano que estaba apoyada contra la pared. El resto del cortijo lo componían las cuadras, la zahúrda y lo que aquí llaman el cocherón. Había también una especie de almijar vacío, una tolva para el grano, un carro de paja y varios toneles que se apilaban bajo un techado donde se podían ver hoces y horcas tiradas por el suelo. Pensé que viviría allí sola, lo di por hecho, hasta que vimos llegar a un hombre montado sobre una mula. Nos miró con recelo y se dirigió a la cuadra.

—Es mi hermano —dijo Águeda.

Pasaron unos minutos. Pensé que era hora de marcharnos, pero no estaba segura de que Richard estuviera en condiciones de ponerse en camino. Hacía mucho calor. En las cuadras se oyó un relincho.

—¿Hay muchos animales? —preguntó Richard, visiblemente

entusiasmado con la idea.

—Veo que se te ha pasado el dolor —dijo Águeda.

—Sí —respondió él—. No era nada, solo el calor.

—Hay mulas, cerdos y un caballo. Ve a verlos, si quieres.

Cuando Richard se alejó, ella entró en la casa y salió con un sobre.

—Dale esto a Teresa.

Lo cogí y lo dejé sobre mi regazo.

—No, guárdalo entre la ropa. No quiero que mi hermano lo vea.

Tuve que hacerlo, aunque me parecía absurdo. Ella esperó a que terminara y luego se sentó de nuevo, esta vez frente a mí. Me miró fijamente a los ojos.

—¿Habéis encontrado algo en la casa?

Mi sorpresa debió de ser tan evidente que Águeda soltó una carcajada.

—No te preocupes, niña Irene. —Esta fue la primera vez que me llamó así; lo recuerdo porque estaba segura de que yo nunca le había dicho mi nombre—. Tu madre tiene derecho. Todo lo que hay allí es suyo.

Richard y el hombre salieron de la cuadra. Venían hacia la casa, cuando Águeda gritó:

—Paco, ve a la Casa Grande y di que los chicos están bien, que comerán aquí. Yo los acompañaré después.

Su hermano pareció dudar.

—Es la hora del almuerzo —objetó.

—Ya comerás más tarde. Haz lo que te he dicho.

El hombre volvió a las cuadras, ensilló el caballo y salió del cortijo. Al cruzar el portalón, espoleó el vientre del animal y desapareció levantando una nube de polvo.

Comimos con ella. El interior del cortijo era humilde, pero acogedor. Me sorprendió ver que tenía una gran mesa de roble y un aparador con un

enorme espejo ovalado que no estaban hechos para esa pequeña casa. En las ventanas había cortinas rematadas de encaje, pero el fogón era un hogar primitivo, en el que cocía un puchero restañado por todas partes. Sobre la mesa, a modo de adorno, tenía una sopera de plata. La retiró para colocar los platos.

—Me la regaló tu madre —dijo como si adivinara mis pensamientos.

Se quitó el delantal. Llevaba un vestido de flores, gastado pero limpio, y tenía el pelo recogido en un moño. Me di cuenta entonces de lo mucho que se parecía a nosotras, a mi madre y a mí misma, en el color del cabello, en los ojos y hasta en los gestos. Durante toda la comida no pude pensar en otra cosa.

Richard parecía encontrarse en plena forma. Comió con ganas y, en un momento dado, preguntó:

—¿Qué querías enseñarnos el otro día? Dijiste que viniéramos a tu casa.

—Iba a enseñaros las cuevas.

—¿Qué cuevas? —pregunté.

—Las cuevas donde dicen que está enterrado el tesoro del moro.

En ese instante entró Paco en la casa. Era pequeño, fibroso y moreno. Águeda y él no se parecían en nada.

—Ya está, ya los he avisado. Tus padres estaban preocupados, muchacho.

—¿Tenemos que volver? —preguntó Richard.

El hombre se encogió de hombros.

—Les he dicho que Águeda os llevará cuando baje el calor.

—Entonces, ¿podemos ver las cuevas?

Águeda había retirado nuestros platos y servía a su hermano.

—No creo que sea buen momento —dijo—. Te volverá a doler el brazo. Uno de estos días os llevaré. Hay mucho tiempo.

Pasó casi un mes antes de que la volviéramos a ver. En todo ese tiempo no nos dejaron alejarnos solos de la casa. Había muchas cosas que hacer. Nuestros padres seguían adelante con la construcción del gimnasio y nosotros los ayudábamos de vez en cuando. Los recuerdo sudorosos y polvorientos, el gramófono a todo volumen, mientras las mujeres protestaban entre risas. Luego, por las tardes, mi padre se encerraba con el libro que habíamos encontrado en la torre. A veces me asomaba a la habitación en la que trabajaba y lo espiaba a través de la puerta entreabierta. Era un poco extraño. No me gustaba verlo allí, enterrado entre montones de papeles, con sus tratados de paleografía, viejos libros que ahora yo conozco tan bien, el manual de Muñoz y Rivero, o el de Terreros, los amarillentos epistolarios de Feijoo y los innumerables catálogos en los que había investigado durante toda su azarosa vida. Mi padre me parecía entonces un loco que desperdiciaba el tiempo y el talento con algo que el mundo no estaba dispuesto a reconocer. Ya ves cómo son las cosas. Luego yo me dediqué a la misma profesión; después de dar vueltas y más vueltas alrededor de la nada, decidí hacer lo mismo que él, construir un futuro que comunicaba directamente con el pasado, como si con ello pudiéramos encontrar una nueva forma de entendernos. Muchas veces pienso que es así. Abro un viejo pergamino que amenaza con deshacerse entre mis manos y siento que formamos parte del mismo equipo, él y yo, siento que me ayuda y me comprende desde algún lugar cercano, mientras mi madre se aleja por el camino de las adelfas.

Entonces no me gustaba su profesión. No conseguía comprender por qué hacía aquello. Creo que fue por esa misma época cuando empecé a entrar a escondidas en su despacho, rebuscando entre los papeles y tratando de

indagar qué fascinantes secretos había en aquel libro que habíamos encontrado en la torre.

Uno de esos días, encontré unas notas sobre su mesa.

Manuscrito de pasta de papel, encuadernación rudimentaria, compuesta de pliegos sin desbarbar, cosidos en tres puntos. Los bordes del libro presentan señales inequívocas de haber estado en contacto con el fuego. La cubierta y los márgenes han sufrido un gran deterioro y las anotaciones que en ellos pudiera haber se han perdido casi en su totalidad. Las primeras páginas son las más deterioradas. Consigo rescatar unas imágenes que identifico como el escudo de la Inquisición (una cruz, una rama de olivo y una espada) estampado en una de las guardas, del cual podrían arduamente restituirse las palabras «Exurge Domine Et Judica Causam Tuam», que corresponden al lema del Santo Oficio. Está escrito en lengua castellana, aunque en los márgenes hay anotaciones en latín y signos incomprensibles. Consta de 104 folios de papel, con apretada escritura que procede de una sola mano. El número de renglones por página no es uniforme, pues oscila entre 29 y 33. En las primeras páginas, el autor cita un hecho histórico que puede ayudar a datar el manuscrito, la rebelión de las Alpujarras y el destierro de los moriscos, por lo que tiene que ser posterior a 1571. Faltan las últimas hojas y, por tanto, el presumible párrafo en el que el autor debió dejar registrado su nombre. También se observa, a continuación del folio 51, que varias hojas interiores han sido arrancadas.

Abrí el libro, acaso con la esperanza de encontrar la clave de ese misterio que mi padre había reflejado con aparente objetividad. Era cierto, el manuscrito parecía salvado de la hoguera en el último momento. Las tapas estaban prácticamente destruidas y los cantos se habían convertido en una superficie irregular por las mordeduras de las llamas. Algunas hojas estaban ennegrecidas, eran casi ilegibles. Hacia la mitad vi que alguien había arrancado varias páginas. Un rastro inequívoco, las esquirlas onduladas del papel, asomaban por debajo del lomo. Algunos trozos estaban todavía a medio desprender, y uno o dos de aquellos minúsculos fragmentos se separaron de la matriz cuando pasé el dedo por el borde. Calculé que debían de faltar cuatro o cinco páginas, no más. ¿Quién las habría arrancado? ¿Por qué? Me gustaba imaginar que aquel libro estaba íntimamente ligado a la historia de La Bolivia y que tarde o temprano las explicaciones se nos

harían visibles, como esas sombras que contemplamos aterrados durante la noche y que luego, al salir el sol, descubrimos que son simples manchas en la pared. Las palabras de Águeda, su vaticinio sobre algo que estaba a punto de suceder, seguían presentes en mi cabeza.

También fue por aquellos días cuando me enamoré por primera vez. Tú representabas el aire, la alegría y el impulso hacia un mundo lleno de posibilidades. Eras el sueño que había perdido y puse en ti todas mis desvanecidas esperanzas. ¿Recuerdas el juego de las palabras encadenadas? Nos sentábamos en la ladera del mirador, justo en el lugar donde habíamos visto las luciérnagas, y tratábamos de explorar el lenguaje:

—Tubo —decía yo.

—Bo... a —respondías.

—A... mor.

Siempre llegábamos al mismo sitio.

—Mora

—Ra... ma.

—Marea.

—A... mor.

Recuerdo la sangre subiendo a borbotones a mi cara, la risa sofocada y el torpe simulacro de normalidad con el que yo pretendía disimular unos sentimientos que desconocía y que me aturdían por su intensidad.

Después de la noche en que vimos las luciérnagas, hubo muchas más. No puedo recordar nada en concreto, solo un lejano rumor de palabras indescifrables que tenían que ver con el libro hallado en la torre. Todas esas escenas nocturnas se confunden en una sola en mi memoria. La penumbra del jardín, el brillo de las estrellas, las increíbles luciérnagas desplegando su danza nupcial al amparo de la noche, un destello intermitente que iba

cambiando de lugar por las laderas del mirador, mientras las voces adquirirían ese fragor inconfundible que les da el misterio.

¿Quién contó la historia de la mina de plata que tenía mi abuelo en Bolivia? No lo sé. No pudo ser mi madre, desde luego, ella seguía aferrada a su silencio. Seguramente no te acordarás, para ti es posible que no significara nada. Sin embargo, a mí me hacía falta ordenar el caos, necesitaba las palabras, y por entonces no conocía otro medio para descifrar el sentido de aquellos oscuros acontecimientos que constituían sus vidas y la mía. Una vez le oí decir a mi madre en la oscuridad de la noche: «Todo lo que sé del pasado es que no pasa jamás». Y es cierto. Mírame ahora. Soy una mujer adulta que ha vuelto al lugar en el que despertó de la niñez. He dejado atrás la realidad para venir a buscar, en este desolado paisaje de decrepitud, el secreto de un tiempo anterior, las huellas y las voces que no supe entender entonces, porque estoy segura de que ahí, en ese trozo de existencia, está todo lo que de verdad tiene sentido.

Quizá me equivoque, pero esa frase de mi madre, «Todo lo que sé del pasado es que no pasa jamás», posee una cualidad esencial: casi la he hecho mía después de tanto tiempo. A veces, abro un viejo manuscrito con la indiferencia que da la costumbre y esa frase me salpica desde dentro. Entonces siento que lo que hago para ganarme la vida no es solo un trabajo rutinario, es un mensaje que alguien me envía desde muy lejos, algo que debo descifrar para que yo, o cualquier otro, consiga ordenar este caos que se agarra a los pies como si fuera el cieno verdoso de la existencia. De pronto adquiero la certeza de que nada puede perderse, sé que tengo la obligación de anotar cuidadosamente cualquier aspecto insignificante, que sin mi intervención profesional el mundo que nos precedió podía seguir enterrado, y me siento responsable de hacerlo visible. Tengo fama de ser una mujer meticulosa e incansable, una auténtica rata de biblioteca, pero no

es cierto, no me interesa la disciplina por la disciplina, ni el prestigio académico, no me conmueven los halagos de mis colegas, solo pretendo que las cosas tengan una explicación. Eso mismo intento hacer ahora con mi vida.

Sabía que existía una conexión entre el indiano, sus actividades en América, y el libro hallado en la torre. Además, sospechaba que ese libro que mantenía a mi padre tan ocupado guardaba algún tipo de relación con el sobre que me había dado Águeda. Una noche, cuando todos dormían, oí voces en el jardín. Me levanté y me acerqué a la ventana. Había luna nueva y la oscuridad era total. Aun así, creí ver una sombra en el cenador de las glicinias. Era la silueta de un hombre, estoy segura. También escuché la voz de mi madre. Era solo un leve susurro, una especie de súplica. No sé lo que le decía, pero percibí el miedo saliendo a borbotones por su boca. Luego ella echó a correr hacia la casa y en el cenador alguien encendió un fósforo. Al cabo de unos minutos, cuando los pasos de mi madre se desvanecieron en el corredor, una montura cruzó la explanada, alejándose rápidamente hacia La Veguilla.

Por la mañana, mientras ella recogía la mesa del desayuno, me acerqué a mi madre y le pregunté quién era el hombre que había venido a caballo por la noche. Estábamos solas las dos, en el jardín. Ella sujetaba el tarro de manteca con una mano, y estaba a punto de taparlo con un pañito de cuadros.

—No ha venido nadie —respondió—. Lo habrás soñado.

Pero el tarro de manteca había resbalado de la mesa y se había ido a estrellar contra el suelo.

Esa misma noche, durante la cena, mi padre le explicaba al inglés algo sobre una herencia.

—El padre de Teresa debió de ganar una fortuna con esa mina. Pero de la

noche a la mañana la vendió a una compañía canadiense. Nadie sabe por qué lo hizo. Cogió lo que le dieron, una cantidad que no debía de ser nada despreciable, y regresó a España. Compró esta finca, uno de los mayores latifundios de la zona, y se encerró aquí, sin explotar convenientemente la tierra y sin que se le conocieran otros negocios o inversiones que unos pocos caballos y medio centenar de reses que apenas daban para vivir. Cuando murió no dejó ni un céntimo. Nunca hemos conseguido saber qué hizo con el dinero. Es un misterio. Teresa heredó la Casa Grande y esa sierra sembrada de alcornoques que vimos el otro día. Entre sus otros hermanos se repartieron las tierras cultivables, la zona que va entre la dehesa y el yélamo.

—Puede que comprara títulos de otra mina aquí, en España —dijo Douglas—. Recuerda las acciones que encontramos el otro día.

—Podría ser —respondió mi padre—. Pero no había ningún documento al respecto, no se encontró ninguna escritura de propiedad.

—¿Hizo testamento? En ese caso, el notario debía de tener noticia de todas sus posesiones.

—No, no le dio tiempo. Murió de forma accidental. Se cayó del caballo y lo llevaron a casa del médico de Gayol. Pero no se pudo hacer nada. Parece ser que en el último momento expresó su deseo de que fuera Teresa quien se quedara con la finca. No sabemos por qué.

Yo no veía el rostro de mi madre, pero sabía que la conversación le disgustaba. Mi padre también debió de darse cuenta porque rápidamente cambió de tema y se puso a hablar de otra cosa.

Pienso en todos nosotros, cada uno con sus preocupaciones y sus inquietudes, con sus batallas secretas, y me parece imposible que fuéramos tan felices. Pero Águeda tiene razón. La felicidad es una epidemia que se adueña de una persona y contagia a todos los que están a su alrededor.

Siempre había algo divertido que hacer. A veces salíamos con Douglas a buscar plantas. Íbamos al lindero del embalse o al bosque de alcornoques, donde los arrieros cargaban las mulas con el corcho recolectado y nos miraban como si fuéramos unos locos que se adentran en el bosque cuando pueden estar cómodamente instalados en una casa de la que todos hablaban con envidia.

Durante estas excursiones, Douglas acostumbraba a llevar varios tubos de cristal en los que metía hierbajos y un cuaderno de tapas negras donde tomaba notas y dibujaba con habilidad las plantas, sus flores y hasta alguna decorativa avispa libando de su néctar. A veces también capturábamos pequeños insectos que iban a parar a los frascos que llevaba en los bolsillos. Un día vimos la transformación de una libélula. Habíamos ido andando hasta el lindero sur del embalse y Douglas inspeccionaba unos juncos que había en la orilla. Nos llamó con la mano.

—Vais a ver algo fantástico —dijo conteniendo la voz—. Un caso de metamorfosis.

Señaló el tallo de un junco. Había un bicho agarrado allí. Era una especie de saltamontes brillante y húmedo.

—Es una libélula —dijo Douglas.

Yo las había visto muchas veces en el embarcadero. Solían cruzar por encima de mi cabeza emitiendo un zumbido veloz. Tenían las alas grandes y cuando les daba el sol adquirían un bonito tono irisado que me recordaba al arcoíris. Eran ágiles, hermosas, como mariposas transparentes. No se

parecían a este minúsculo insecto verdoso que permanecía clavado sobre el tronco de un junco y que casi se confundía con él.

—Pero no vuela.

—Está todavía dentro de la crisálida —respondió tu padre.

Recuerdo que nos agachamos los tres muy juntos, en la humedad estancada del embalse, y nos quedamos allí durante mucho tiempo, observando en silencio a la libélula. Enseguida empezó a hincharse.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Bombea sangre hacia el tórax —dijo el inglés—. Tiene que conseguir que se raje la envoltura para poder liberar las alas.

Así era. Vimos que la cabeza del insecto se desprendía de aquella máscara que la había recubierto y que, poco a poco, surgía el individuo adulto. Tenía unos ojos enormes, brillantes y húmedos.

—Atentos, va a sacar las alas.

Eran solo unos muñones arrugados y demasiado cortos para que la libélula pudiera emprender el vuelo. La parte superior estaba ya fuera de la envoltura ninfal. Clavó en el tallo las patas delanteras y trepó hacia arriba, saliendo totalmente de la cáscara. La envoltura quedó en la misma posición, con las patas adheridas al tronco, como un sarcófago transparente que tenía la forma perfecta del individuo al que había cobijado, sus rasgos, las órbitas de los ojos, el tamaño exacto de la cola. Pero ahora estaba vacío, era como uno de esos pellejos de gamba que quedan en el plato después de una comida. La libélula seguía trepando y la envoltura ninfal permanecía en el mismo sitio, seguía ahí, absurdamente aferrada alrededor del tallo.

—Sigue bombeando sangre. Tiene que hacerlo muy rápido porque, si no, se la comerá algún otro animal.

No sé cómo sucedió, pero en pocos minutos las alas se hicieron más largas, se desplegaron y aparecieron ante nuestros ojos como un delicado

encaje de venas y piel. Entonces, antes de que ninguno de nosotros se diera cuenta de lo que ocurría, una sombra bajó en picado de las ramas superiores y vi a un pajarillo de color pardo que se llevaba a la libélula enredada en el pico.

Creo que fuiste tú quien soltó una maldición en inglés. Tu padre se puso en pie y, haciendo un breve gesto de pesar, dijo:

—Son cosas que pasan. La naturaleza es así.

—Pero no es justo —protestaste—. Ni siquiera ha podido extender las alas.

Era cierto. La libélula había muerto antes de poder volar.

Douglas alargó la mano y cogió el envoltorio de la ninfa que aún estaba clavado en el junco. Luego lo metió en uno de los frascos de cristal. Recuerdo que una de las patas se rompió y, aunque ya no había vida en ellas, sentí una sensación desagradable, como de dolor.

Me he acordado muchas veces de ese extraño día. Cada vez que veo una libélula con las alas extendidas en el aire siento una especie de alegría infantil. Pienso en ti y me imagino que estás en algún sitio, que has conseguido hacerte un hombre y que te encuentras a salvo.

¿Sabes una cosa? Hace unos cinco años estaba yo en Barcelona. Había cobrado una buena cantidad de dinero por catalogar los antiguos protocolos del Archivo de Pedralbes. Cuatro meses yendo y viniendo de Madrid a Barcelona y por fin habíamos terminado el trabajo. Me sentía bien, con ganas de regresar a mi casa. En aquella época vivía con un hombre, se llamaba Marcos, bueno, se sigue llamando así aunque yo ya no lo vea, era un buen tipo, tranquilo, ingenioso, con sentido del humor. Al acabar en el archivo salí a dar un paseo. Me sentía liberada y a gusto, porque Barcelona me parece una ciudad asequible, ordenada, en cierto sentido tranquilizadora. Iba mirando tiendas. Pensaba que quizá debía comprarme

un abrigo o un buen traje de chaqueta. En fin, tenía ganas de darme un capricho. En la esquina de Balmes había una tienda de antigüedades. Ya sabes, muebles isabelinos, consolas venecianas, figuras de bronce y esas cosas. Me gusta verlas, pero nunca he podido darme el lujo de amueblar mi casa así. Y de pronto vi el objeto más maravilloso que puedas imaginar. Era una de esas lámparas modernistas hechas con cristal de colores, creo que las llaman Tiffany's. Estaba encendida. Toda la cenefa inferior aparecía decorada con libélulas multicolores que tenían las alas extendidas. Bien, entré en la tienda y me compré la lámpara. Cuando llegué a Madrid se la enseñé a Marcos. Tenía tantas ganas de que la viera. ¿Sabes lo que dijo? «Un poco kitsch, ¿no crees?» Eso fue lo que dijo. Me defraudó profundamente. No es que pensara que él tenía la obligación de adivinar lo que la lámpara de las libélulas significaba para mí, no soy tan estúpida, pero hubiera deseado tener la oportunidad de contárselo. Y él no parecía la persona adecuada para compartir mis recuerdos en aquel momento. Quince días más tarde rompimos nuestra relación. Le pedí que se marchara de mi casa y, cuando salió con las maletas, encendí la lámpara y me quedé mirándola con la sensación de que había hecho lo correcto. No sé si te ha pasado alguna vez, a mí me pasa continuamente. Dejo que los hombres entren en mi vida y, cuando parece que las cosas van bien, siempre encuentro un motivo para echarlos. O me aburren, o siento que yo los aburro. Algunos defraudan mis expectativas y otros me exigen lo que no puedo darles, así que todavía sueño con encontrar al hombre ideal.

En fin, hubiera querido contarte todo esto personalmente, pero no es posible. Desgraciadamente no es posible.

En aquella época empecé a interesarme por las relaciones entre las personas. No las relaciones convencionales, sino esas otras más íntimas, los lazos que unen a los hijos con los padres o a los hombres y las mujeres.

Entre mis padres y yo había una especie de agujero, algo que nunca he podido describir, pero yo sentía que estábamos unidos solo por una pequeña parte de nuestros yos invisibles y que muchos de nuestros pensamientos se escapaban en direcciones opuestas.

En cambio, no notaba eso entre vosotros. Cuando íbamos de excursión con Douglas te veía tan cerca de él que casi me parecíais la misma persona. No era una relación condescendiente. Cuando te explicaba algo, cuando te enseñaba alguno de los secretos de la naturaleza que él conocía tan bien, no se dirigía a un muchacho de quince años, sino a un adulto. Utilizaba muchas energías en todo lo que tenía que ver contigo y yo solía pensar que trataba de hacer de ti el mejor hombre del mundo. En esos momentos me sentía como una extraña. Había algo mágico entre vosotros, un vínculo que no había existido nunca entre mis padres y yo. Todavía, cuando pienso en ellos, los recuerdo aislados, cada uno en su mundo particular, y a mí misma en medio de los dos, de modo que no consigo borrar de mi cabeza la idea de que murieron sin que hubiéramos llegado a conocernos de verdad.

Ese día hicimos el camino de regreso por el interior. Recuerdo que llegamos hasta el yélamo. El peñón lucía al fondo, como una cortina rocosa que coronaba el zócalo fracturado por la acción fluvial. Las rocas calizas parecían una poderosa atalaya que se alzaba cortando el mundo en dos. Dijiste al verlo:

—Seguro que las cuevas están ahí.

—¿Cuevas? —preguntó Douglas.

Pensé que no era bueno hablar de ello con nuestros padres. Sin que Douglas me viera te tiré de la manga y, cuando me miraste, negué rápidamente con la cabeza. Douglas no reparó en mi gesto.

—Debe de estar lleno de aves rapaces —dijo, al tiempo que continuaba dibujando en su cuaderno negro.

¿Por qué deseaba guardar en secreto todo lo que tuviera que ver con Águeda? No lo sé. Pero sentía que ella debía permanecer entre las sombras y que nuestra relación debía ocultarse para que tuviera sentido.

A veces tengo miedo. Pienso tanto las cosas que temo haber mezclado mis recuerdos. Por eso intento una y otra vez fijar el tiempo, los datos, separar los instantes y darles a cada uno de ellos su propio significado. ¿Cuándo empecé a espiar a mis padres? ¿Tenía Águeda algo que ver en aquello? Creo que uno deja de ser niño cuando empieza a atesorar secretos. Es típico de la adolescencia. Necesitamos nuestro propio territorio, de alguna manera buscamos esos espacios singulares y ambiguos donde lo sobrenatural se convierte en una pauta que poco a poco nos permite descifrar el mundo.

*Intelligere est pati.* Es una frase que leí una vez en un viejo libro. Y es verdad, ¿sabes?, «conocer es padecer». Por las tardes, a la hora de la siesta, mi madre bajaba al embalse y yo me refugiaba en la habitación de la torre, desde donde llevaba a cabo mis actividades de espía. Es curioso. Esos instantes anodinos permanecen totalmente vivos en mi memoria. Cada vez que pienso en ello es como si volviera a vivirlos. Verás, sucedía siempre del mismo modo, día tras día. Tu padre clasificaba plantas en el jardín y ponía en orden sus cuadernos, mientras el mío dormitaba en una de las hamacas del mirador con un libro en las manos. No sé dónde estabas tú. Nunca puedo recordarlo. Sin embargo, recuerdo perfectamente a tu madre. Helen también dormía, entregada a extraños sueños que la hacían agitarse y sudar. Muchas veces bajaba de mi escondite y me quedaba a unos pasos de ella, mirándola en silencio. Era otra mujer cuando estaba dormida. Su rostro se volvía tenso y atormentado por quién sabe qué peripecias. A veces hablaba en inglés. Nunca pude entender lo que decía. Estaba segura de que tu madre también vivía una segunda vida, una vida secreta incluso para ella, porque al despertar se quedaba un buen rato como adormilada, intentando recordar. Luego suspiraba en voz alta y sonreía, recuperando aquel aspecto risueño que era su imagen habitual.

En una ocasión seguí a mi madre sin que ella se diera cuenta. Bajó como siempre por el camino de las adelfas hasta el embalse. Se sentó en la orilla lateral del embarcadero y se quedó allí, durante un buen rato, mirando el agua. Yo estaba escondida detrás de los matorrales. No me vio.

De pronto se agitaron las ramas de los tamarindos que crecían en la orilla. La gorra de Águeda surgió de la espesura y las dos mujeres se encontraron cara a cara. El rostro de mi madre se iluminó. Nunca había visto esa expresión en sus ojos. Era algo que venía de muy adentro, una especie de desahogo profundo, no sé, como cuando sentimos mucha angustia y de repente vemos que se nos desata el penoso nudo que nos oprimía el alma. Águeda se sentó a su lado y allí permanecieron las dos, hablando en voz baja. Desde donde yo estaba no podía oír lo que decían. Tan solo pude escuchar tres o cuatro frases sueltas.

—No lo hagas —dijo Águeda—. Ese hombre no te va a traer más que problemas.

Mi madre le contaba algo y ella negaba insistentemente con la cabeza.

—Si vas a verlo, Agustín se enterará tarde o temprano.

¿A qué hombre se refería? Sin poderlo evitar pensé en la sombra que había visto en el cenador y en el galope de aquel caballo que se alejaba por el camino de La Veguilla.

Entonces mi madre se puso en pie.

—No tiene por qué —respondió—. Si tú no se lo dices, Agustín nunca sabrá nada.

Empezó a caminar hacia el lugar en el que yo estaba. Tenía miedo de que me vieran. Águeda corrió tras ella y la sujetó por un brazo, como si quisiera impedir que se moviera del embarcadero.

—Pero ¿no te das cuenta de que aquí todo el mundo te conoce? A la gente le gusta mucho hablar.

Casi las tenía frente a mí. A través de la maleza vi el rostro turbado de mi madre y sus ojos, en los que había una mirada impaciente y decidida.

—Es mi vida, Águeda —respondió—. Y no estoy dispuesta a que me la amarguen.

Entonces, con mucha suavidad, se soltó de la mano que la retenía y subió lentamente por el camino de las adelfas.

Águeda se quedó pensativa durante unos instantes. Luego regresó a la orilla del embalse. No podía ver su rostro, pero observé que se quitaba la gorra en un arrebato que parecía de auténtica desesperación. El pelo, rojo y alborotado, le tapó la cara por un momento. Creo que siempre lo había sabido, pero fue entonces cuando una voz interior me susurró quién era realmente aquella extraña mujer y el poderoso vínculo que la unía a mi madre.

Quise marcharme de allí, pero no podía moverme. Y de pronto Águeda levantó la cabeza y, sin volverse hacia el lugar en el que me escondía, dijo:

—Sal de entre las zarzas, niña Irene.

Eché a correr. Y no paré hasta que llegué de nuevo a la Casa Grande.

El verano se deslizaba sobre sí mismo a gran velocidad.

Cuando te quitaron la escayola, lo primero que hicimos fue correr a casa de Águeda.

Ahora pienso en ese día, en cómo llegamos al cortijo, sofocados y felices; tus ojos brillaban de emoción y yo apenas podía contener el aliento. Habíamos venido por el lindero del embalse, en línea recta, corriendo bajo los altos matorrales que crecían en la orilla. Esta vez no nos habíamos perdido. El camino era más fácil de lo que parecía. Tal y como había dicho Águeda, solo había que seguir el pequeño sendero que se escondía bajo la maleza. ¿Recuerdas lo que sucedió? Espero que tú tampoco lo hayas olvidado. Lo primero que siento es la incomodidad de ir apartando ramas. Luego el irritante escozor que producen los zarzales y una de aquellas espinas que se me clava en el hombro, el grito de dolor y tus manos sujetándome para que no me moviera. Llevaba un vestido de percal con tirantes anchos y escote cuadrado. Me gustaba mucho aquel vestido. Era viejo, seguramente me quedaba demasiado corto porque recuerdo a mi madre bajando el dobladillo y suspirando porque ya no quedaba más tela, me lo habían comprado en Méjico poco antes de que viniéramos definitivamente a España, y sobre su gastada tela de cuadros amarillos descansaba la alegre inconsciencia de mi niñez pérdida. Es estúpido, ¿verdad? Creer que un vestido puede retener el tiempo. Yo lo sentía así. Cuando me ponía el vestido de cuadros era como si volviera a ser la niña de antes. Bien, el caso es que me enganché la piel del hombro con una de las zarzas más altas. Sí, la había visto. Se curvaba sobre el camino y creí que podía pasar por debajo de ella sin que me rozara siquiera, pero de pronto algo se movió, la rama osciló varias veces y se me enganchó en uno de los tirantes del vestido. Quise desprenderme, pero solo conseguí empeorar la

situación, porque las espinas del zarzal se me fueron clavando en los brazos y en el hombro hasta que una de ellas me desgarró la piel. Entonces te acercaste, me hiciste retroceder y tiraste de la rama hacia delante. Me escocía. Me llevé la mano al hombro y vi que me había hecho sangre. No era nada, pero tú acercaste la boca, sacaste la lengua y humedeciste con ella mi herida. ¿Sabes lo que sentí? Un arrebató de vergüenza que se transformó inmediatamente en placer, una conmoción intensa que me sacudió por dentro, desde la cabeza a los pies, no podía mirarte, pero sentía tus manos y tu lengua en mi cuerpo, algo que había en tu saliva se extendió por mis venas como una devastadora ráfaga de fuego, hasta que el vientre y el corazón empezaron a latir con la misma sorprendente fiereza.

Luego llegamos a casa de Águeda y creo que ella se dio cuenta de lo que me pasaba. Águeda siempre adivinaba mis secretos.

Nos dejó solos en el comedor y se fue a vestir. Pero antes sacó de la fresquera una jarra de limonada y dos vasos con el borde dorado. Yo no me atrevía a pronunciar una sola palabra. Me bebí la limonada en silencio, las mejillas encendidas por el fragor de aquella silenciosa batalla que había tenido lugar en el sendero del embalse, me palpitaban las sienes y el corazón amenazaba con salirse del pecho. No quería que se notara, pero en aquel instante hubiera dado algo por escuchar tus pensamientos, por saber si te estaba pasando lo mismo que a mí.

Cuando Águeda salió de la alcoba, vestida con aquel mono azul que llevaba la mañana que nos conocimos, se quedó parada en el umbral durante unos breves segundos. Ella tampoco dijo nada. Solo sonreía mirándonos, primero al uno y luego al otro, los ojos chispeantes de malicia y los rescos labios atravesados por una turbia sonrisa.

—Iremos por Camino Real hacia la cañada —dijo—. Hasta el final no hay que subir, es todo llano.

Se puso la gorra y nos dio unos sombreros de paja.

—Póntelo, niña Irene. A estas horas el sol hace daño.

Salimos del cortijo y seguimos un camino de tierra en el que estaban señalados los surcos de un carro. Poco a poco, el suelo había vuelto a existir debajo de mis pies. Tú caminabas a mi lado y Águeda, aparentemente indiferente a cualquier otra cosa que no fuera su tarea de guía, nos explicaba a su modo las leyendas del lugar.

—Cuando los cristianos echaron a los moros de esta zona, su rey, que era avaricioso y cobarde, huyó a través de las montañas. Dicen que se llevó todas las riquezas del reino y, por miedo a que lo saquearan, escondió un fabuloso tesoro en algún lugar del camino.

—Si yo tuviera que esconder un tesoro —dijiste—, buscaría un sitio al que la gente tuviera miedo de acercarse. No se me ocurriría enterrarlo al borde del camino.

Águeda me miró de reojo, mientras añadías:

—Los piratas siempre escondían sus tesoros en los cementerios y en los lugares sobre los que pesaba una maldición. ¿Hay algún sitio de esos por aquí?

—La cueva de las Calaveras —respondió Águeda—. Es allí donde quiero llevaros.

Luego se volvió hacia mí y, en voz baja, murmuró:

—Es listo el inglés. A mí también me gusta.

Yo nunca había oído hablar de la cueva de las Calaveras, ni de ningún misterioso tesoro. Creía que aquella enorme propiedad que había heredado mi madre era solo un tortuoso tropiezo en nuestro camino, un lugar anodino y aburrido en el que nunca podía ocurrir nada bueno. Pero desde la llegada de los ingleses todo había cambiado, me daba perfecta cuenta de que no conocía La Bolivia, que solo había estado dando vueltas alrededor de la

Casa Grande y del embalse. Ahora el espacio crecía en todas direcciones, mi territorio visual se iba ensanchando como una mancha de aceite y la magia ocupaba los recodos del camino, se subía a la copa de los árboles, zumbaba como un abejorro que iba de tu boca a la mía, de tu pelo a mi pelo, de mis ojos a tus ojos.

—¿Crees que es allí donde está escondido el tesoro?

—Vete a saber —murmuró Águeda—. Eso sucedió hace siglos.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos andando, pero sí que el trayecto se nos hizo corto y que tú estabas muy animado ante la idea de ver la cueva de las Calaveras. Pasamos cerca de la Dehesa. A lo lejos vimos toros y unos hombres a caballo. Águeda dijo:

—Agustín y el inglés están recorriendo la finca. Diles que no vayan mañana a la dehesa.

Llegamos al yélamo y atravesamos una cañada por la que se ascendía a las laderas del peñón. Los buitres surcaban el aire y los aguilonos volaban frente a las crestas rocosas. Había un pequeño arroyo cubierto de matorrales que surgía de algún cercano manantial pegado a la roca y que se deslizaba suavemente entre los pastos abrasados por el sol.

—Podéis beber —dijo Águeda—. Es buena.

El agua estaba fresca. Nos mojamos la cara y el pelo. Hacía mucho calor. A lo lejos se veían las casas de Gayo, las huertas de la vega y una cadena montañosa que debía de ser la cordillera de la costa. Al otro lado estaba el mar.

Avanzamos por los riscos hasta la base de una muralla rocosa cuyas paredes tenían hendiduras por las que entraban y salían los buitres. Los peñascos se sucedían uno tras otro, formando un espléndido farallón que se quebraba en el extremo sur, hacia la llanura. Águeda iba delante, con su mono de hombre y su gorra azul. Daba pasos cortos y a veces se agarraba a

los matorrales para salvar los repechos. Recuerdo que miré varias veces hacia arriba. El peñón resultaba siempre espectacular, lo vieras desde donde lo vieras, pero a esa distancia, con las quebradas cayendo como tajos abruptos sobre nuestras cabezas, daba auténtico miedo.

No tardamos en descubrir la cueva. Dos enormes piedras que se habían desprendido desde lo alto taponaban la entrada. Tuvimos que trepar por una de ellas. Me diste la mano y luego saltaste al suelo para ayudarme a bajar. Había una galería de unos dos metros de ancho que se doblaba en un recodo y seguía hacia la derecha. El suelo era arenoso, cubierto de un polvillo fino y rojo que se pegaba a los pies como si fuera óxido. De pronto hacía frío. Águeda había encendido una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo. Avanzaba con gesto misterioso. En una esquina, junto a una de las paredes, vimos restos de una hoguera.

—A veces viene gente a hacer conjuros la noche de San Juan.

—¿Brujas? —pregunté.

Águeda hizo un gesto de desdén.

—Ni hablar, niña. Gente que anda en malos pasos y que necesita tener una disculpa para sus desdichas. Encienden el fuego, bailan en círculo, y así se creen que apartan al demonio de su vida.

—El demonio no existe —dijiste tú—. Eso son cuentos de viejas.

Águeda soltó una carcajada. Su risa hizo eco en el oscuro recinto de la cueva y la luz de la linterna osciló sobre las paredes, descontrolada y temblorosa. Por un momento tuve la impresión de que se burlaba de nosotros, que nos había llevado allí con una intención oculta y que ahora disfrutaba al poder sentir nuestro miedo.

La cueva se hacía cada vez más ancha y más oscura. Había restos de agua en las paredes y minúsculas plantas que crecían pegadas a la roca. De pronto vimos una franja de luz que provenía del exterior. En el techo de la

gruta había un agujero desde el que se veía el cielo. Los rayos del sol entraban como un cañón de luz y bañaban el suelo arenoso de la cueva. Águeda dirigió la linterna hacia uno de los recodos que de vez en cuando ensanchaban el camino y que constituían pequeñas galerías adyacentes. Unos metros más allá, siguiendo un reguero de agua que se había estancado en el suelo, vimos una bóveda redonda.

—Aquí es donde las encontraron —dijo Águeda trazando un haz circular con la linterna.

—¿A quién? —pregunté, aterrada.

—A las trescientas moras. Sus calaveras estaban dispuestas en círculo.

Enfocó la bóveda. De lo alto de la caverna surgían masas de estalactitas, formas espectaculares llenas de cristales minúsculos y verdín aterciopelado. El agua se deslizaba gota a gota por cada una de aquellas agujas que conferían al espacio una densidad extraña, como si un genio misterioso hubiera tallado todas esas formas caprichosas y su aliento informe llenara el interior de la gruta. Las concentraciones calcáreas habían dispuesto en el suelo un conjunto de estalagmitas que, en algunos casos, se juntaban con las coladas superiores formando una gruesa columna.

—Eran las mujeres de ese rey moro que huía de los cristianos. Al parecer, hubo una gran batalla, así que el rey, con las trescientas mujeres del harén y un fiel criado, huyó hacia las montañas, dejando a su pueblo a merced de los invasores. El enemigo consiguió sitiarles en el interior de la cueva donde se habían refugiado. Tapanon la salida con esas dos enormes piedras que habéis visto al entrar y les dejaron aquí para que murieran de hambre.

Hizo una pausa. Nosotros la escuchábamos absortos.

—El rey moro intentó desesperadamente buscar una salida —continuó diciendo, mientras la mirábamos embelesados—. En el fondo de la gruta hay un río subterráneo y seguramente creyó que el agua podía haber

excavado algún hueco por el que poder huir. Ya sabéis ese dicho, «todo lo que entra, sale». El rey y su criado decidieron seguir el curso del agua y se adentraron en las galerías inferiores, mientras las mujeres esperaban su regreso. Mucho tiempo después, un pastor encontró bajo la bóveda las trescientas calaveras de las mujeres del harén y en el fondo de la gruta dos calaveras de hombre.

Águeda se quitó la gorra y la sacudió contra la pernera del pantalón.

A las moras debió de matarlas el hambre, o el frío —concluyó—. Se habían sentado en círculo y así aparecieron sus restos muchos siglos después.

—¿Y los hombres?

—Debieron de caerse en una de las simas o algo así, cualquiera sabe. Yo creo que pensaban abandonarlas a su suerte y que tuvieron el castigo que se merecían.

—¿Dónde está ese río subterráneo?

Señaló hacia delante.

—Por ahí. Pero no podemos seguir. Es muy peligroso.

Cuando salimos de la cueva, yo tenía la certeza de que Águeda nos había enseñado el lugar con un propósito, aunque entonces no supiera exactamente de qué se trataba, y que tarde o temprano alguno de nosotros iba a volver allí.

El otro día, cuando subí al desván, quise entrar de nuevo en la habitación cegada. Me daba miedo hacerlo, no sé por qué. Creo que con los años me he vuelto demasiado prudente, me asusta revolver el pasado porque es como un viejo pergamino, si lo manoseas demasiado puede desaparecer en cuestión de segundos, y yo necesito que mis recuerdos de aquella época sigan intactos, protegidos del devastador efecto de la realidad.

Por las noches, después de la cena, nos quedábamos en el jardín, a la luz de las velas. Era el momento mágico del día. Tú y yo en silencio, escuchando todo lo que ellos decían, mientras el cansancio nos iba venciendo y la realidad desfilaba lentamente por el espacio clandestino que precede al sueño.

Una de esas noches volvieron a hablar del manuscrito que habíamos encontrado en la torre. Mi padre había estado trabajando en él con el mismo entusiasmo que en Méjico había dedicado a su códice.

—Es un verdadero milagro que ese libro siga existiendo. Al principio pensé que era obra de un converso, porque hay palabras hebreas intercaladas en el texto, pero he descubierto algunos signos que parecen pertenecer a un idioma totalmente desconocido para mí. Son círculos cruzados por rayas, espirales y representaciones antropomórficas que me siento incapaz de descifrar. Seguramente los Tribunales de la Inquisición creyeron que esos signos eran invocaciones al diablo, o magia, y por ese motivo censuraron el libro. Sea quien sea el autor de ese manuscrito, puedo asegurar que era un hombre verdaderamente singular. Poseía la formación propia de un burgués culto, quizá de un verdadero hombre de ciencia. Y eso es lo que me extraña, porque en esa época la Inquisición se dedicó a perseguir a conversos y moriscos. Los procesos contra los alquimistas eran más bien escasos.

—¿Puedes leernos algún párrafo? —pidió el inglés.

Mi padre sacó unas notas del bolsillo.

—Es un capítulo en el que habla de la obtención de plata a partir de unos principios bastante primitivos. Dice lo siguiente: «Desde los tiempos antiguos se conoce que los metales se engendran en el interior de la tierra, estando en origen todos mezclados, los puros y los impuros, flotando en una corriente de vapores y humos que se encuentra a muchos metros de profundidad, no pudiendo el hombre acceder a estos abismos ni siquiera con la ayuda de artificio. Y en este lugar en el que los metales se cuecen, se produce algunas veces un aumento del calor, que con la fuerza de los vapores sube por las concavidades de la tierra, que de suyo son penetrativas, hasta que llegando a los lugares angostos y estrechos se detienen y se espesan, cuajando en vetas de mineral puro, según la densidad, así lo mejor está siempre en lo más profundo, pues es grave y pesado. Es común que los yacimientos más visibles se encuentren situados en cañones y angosturas excavadas de forma natural y que en las grutas y orificios que sufrieron algún tipo de fractura se deposite gran cantidad de metales distribuidos en distintas formas, siendo la plata y el oro los más preciados por su valor, pero también sucede que los vapores expedidos por esas chimeneas naturales arrojen cantidades de esa misma materia en los alrededores, donde no se manifiestan por estar mezclados con rocas y minerales ajenos, o escondidos tras densas capas de piedra que es necesario fracturar.

»”Del mismo modo que la natura efectúa su cocción y desecación, así puede el ser humano, con la ayuda de Dios, manipular los metales para cambiar su cualidad, no mudar la especie, ni de una materia engendrar otra, sino depurar y transformar, consiguiendo metales principales de la materia aparentemente inservible. En las corrientes subterráneas hay restos ricos en

oro y plata, pero mezclados con otros muy distintos materiales, por lo que a los hombres les pasan desapercibidos y solo con la ayuda de la ciencia de la balanza se pueden beneficiar, obteniéndolos puros después de seguir los mismos pasos que la naturaleza hizo en sus vasos naturales para separar los elementos, así hágase en los vasos artificiales y procédase a la purificación.”.»

Mi padre hizo una pausa. Nadie dijo nada, pero yo me acordé de la cueva a la que nos había llevado Águeda.

—En este punto faltan varias páginas. Es evidente que fueron arrancadas por alguien. Y luego, el autor empieza a describir algo que parece tener relación con un yacimiento. Dice así: «Hubimos de instalar los complicados mazos de bronce que nos ayudaran en la molienda del granzón. La cercanía relativa de las minas de Almadén, de las que extráese el preciado mineral de cinabrio, materia imprescindible para proceder a la amalgama con mercurio, me fue realmente beneficiosa, así como la existencia de una corriente de agua, que se puede utilizar para mover los mazos de bronce. El bermellón ha de ser purificado, pues está compuesto de azufre y mercurio, pero se puede adquirir ya beneficiado, pues es larga la tradición en la purificación del azogue en las citadas minas de Almadén. Hay allí gentes que se ocupan de descomponer el cinabrio con el oxígeno del aire y con la ayuda de unos hornos llamados de aludeles. He contactado con una de esas personas, cuyo nombre debo mantener en secreto para que no caiga sobre ella el peso de la justicia, pues es notorio que ciertos trabajadores de las minas comercian ilegalmente por su cuenta y riesgo, y he acordado la compra de azogue ya purificado que utilizaremos en la amalgama de la que se obtendrá la plata en su estado puro».

—Pero ¿crees que eso es alquimia? —dudó el inglés—. Más bien parece un tratado de minería.

Mi padre parecía reflexionar. Yo no veía su cara, solo escuchaba las voces y los silencios, que eran tan significativos, o más si cabe. Lo imaginé rascándose el mentón, que era lo que solía hacer cuando algo le preocupaba.

—Bien, escucha entonces este otro párrafo: «Dios que lo ha fundado todo, todo lo ha previsto y ordenado por la razón, me ha conducido nuevamente al *Libro de las segundas emanaciones* y allí he encontrado una nueva combinación que probar. He de proceder primero a la copelación».

—¿Qué es la copelación?

—Un procedimiento químico que consiste en fundir minerales en unos hornos especiales que se llamaban de copela y que tienen la forma de un cono truncado. Se supone que se utilizaban sobre todo para el oro y la plata.

—¿Así pues, crees que estamos hablando de un visionario, alguien que trataba de convertir los metales en oro?

—No, creo que es mucho más sutil. Todavía no estoy seguro, pero es posible que se trate de otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Crisopeya.

Nadie pareció saber lo que quería decir esa palabra.

—Doblar el peso de los metales preciosos —aclaró mi padre.

—¿Quieres decir que mediante un procedimiento químico alguien puede duplicar la cantidad de oro o plata que posee?

—Más o menos.

El inglés guardó silencio. Creo que ninguno de los dos creía en esas tonterías, y es lógico, porque ambos, tanto mi padre como él, eran personas acostumbradas a trabajar con criterios científicos y no podían admitir que existiera nadie tan ingenuo como para creer en algo que parecía simple magia.

Pero a mí me causó una gran impresión aquel descubrimiento. Y siempre

pensé que el manuscrito estaba oculto en la torre por un motivo.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Finalmente alguien preguntó:

—¿Qué suerte le esperaba a ese hombre?

—Sospecho que pudo acabar en la hoguera —contestó con voz lúgubre mi padre—. En esa época no se quemaban solo los libros. Se quemaba también a las personas.

—¿Crees que fue condenado a muerte?

—Es posible. Pero tengo que asegurarme. Mañana me voy a Granada. En el Archivo de la Real Chancillería hay un registro de Causas de Fe que comprende los procesos celebrados con posterioridad a 1550. Quizá pueda encontrar algo.

—Iré contigo —dijo el inglés—. A mí también me hace falta un poco de ambiente libresco.

El inglés y mi padre salieron al amanecer. Durante los primeros días no ocurrió nada. La casa estaba un poco vacía sin ellos dos, pero eso fue todo.

Al amanecer del tercer día volví a oír el galope de un caballo. Esta vez no quise preguntar. Helen nos llevó a nadar al embalse y mi madre bajó el almuerzo al embarcadero. Comimos allí, bocadillos y fruta. Luego cogimos las bicis y nos fuimos todos juntos a Montaña.

¿Recuerdas el bar, con sus mesas de madera bajo el emparrado, y aquel mostrador pintado de gris, donde se amontonaban los botes de jalea, los ovillos de cuerda y las alpargatas? Está muy cambiado. El otro día me pasé por allí. Ahora es un restaurante. Han pintado la puerta de azul añil y han puesto mesas con mantelitos en la terraza. La parra, con sus racimos de uvas pequeñas y verdes, ya no existe. La han sustituido por una pérgola de madera cubierta por un techado de brezo. Sigue siendo un sitio agradable. Desde la terraza puede verse el valle y una cadena de cerros que descienden hacia el mar. Estuve un rato mirando el paisaje. Y luego traté de recordar.

La bici de Helen iba delante de mí. Habíamos doblado la curva del cementerio y las casas del pueblo se veían a lo lejos. Nos cruzamos con unos hombres que venían a caballo. Uno de ellos espoleó su montura hasta la ladera del cerro y, desde allí, nos contempló durante unos minutos. Lo vi perfectamente. Tenía el cabello rojizo y los rasgos angulosos de mi madre.

Las calles de Montaña estaban desiertas. En algunas fachadas, la cal estaba agrietada y crecían hierbajos que se habían achicharrado con el calor. Fuimos al estanco y Helen compró sellos. La estanquera saludó con efusión a mi madre y le habló de alguien que esa misma tarde había estado allí. Luego llamó a su hija para que viniera a conocernos. Era una muchacha pequeña y renegrada, que nos miró con recelo, y que apenas soltó un gruñido cuando la obligaron a saludar. Richard y yo fuimos con ella hasta

una de las calles que serpenteaban por debajo del bar. Era un callejón terroso, con geranios plantados en bidones cortados por la mitad. Había excrementos de cabra por el suelo. La chica abrió un portalón, primero la parte de arriba, luego la de abajo, que tenía una gatera recortada en forma de arco, y nos hizo entrar en una porqueriza. Había una cerda enorme amamantando a sus cerditos. Los cochinitos eran pequeños y sonrosados, se apretujaban en torno a las ubres que estaban sucias de estiércol y paja. Te quedaste allí, mirando embelesado la escena, mientras aquella muchacha me cogía con una de sus enrojecidas manos y me llevaba a la parte de atrás de la cuadra.

—¿Quiereh ver loh caballoh? —dijo con una expresión maligna en sus pequeños ojos negros—. Se ehtán ayuntando.

Salimos al corral trasero. Había una pared de piedra y una cerca de madera que daba a la calleja de abajo. Unos hombres estaban junto a la cerca. No nos podían ver, a no ser que levantaran la cabeza, porque nosotras nos habíamos situado detrás del muro de piedra y había un gran desnivel entre esta parte del corralón y la cerca. Vi un hermoso macho que trotaba persiguiendo a las yeguas. De pronto, una de las hembras se paró. La muchacha me dio con el codo.

—Ahora vas a ver.

El caballo había sufrido una rara transformación. De algún lugar de su vientre oscuro había surgido una cosa alargada y enorme que se balanceaba entre sus patas traseras. La yegua se removía inquieta. Entonces el caballo se acercó a la grupa de la hembra y aquella cosa engordó. Era un trozo de carne de color amoratado y brillante, que rápidamente se fue hinchando hasta que adquirió la textura de una tripa a punto de reventar. Volví la cabeza hacia atrás. Me daba asco mirar. Pero la muchacha me cogió de los brazos y me zarandeó.

—Mira, la va a llenar.

Yo no quería verlo. Recuerdo que me parecía una escena brutal, no tanto por los animales, sino por aquella sensación sucia y pecaminosa que había en la mirada turbia de la hija de la estanquera. El caballo se encabritó. Puso los cuartos delanteros encima de la yegua y, antes de que yo pudiera comprender, soltó un relincho y su miembro rígido se perdió entre las ancas temblorosas de la hembra.

Creo que fue entonces cuando lo vi. Un rostro anguloso que nos miraba desde el callejón. No dijo nada, fumaba pegado a la pared, contemplando la escena con una sonrisa burlona en los labios. Al verlo, la hija de la estanquera echó a correr. Yo me quedé paralizada durante unos segundos. El hombre tampoco se movió, siguió fumando con gesto de hastío, hasta que yo también sentí deseos de salir huyendo.

No te dije una sola palabra sobre lo que había visto esa tarde. Ni a ti, ni a nadie. No hubiera sido capaz de explicar lo que sentía.

¿Por qué era todo tan misterioso? ¿Por qué se entremezclaban de ese modo las cosas en mi interior? El espanto y la atracción estaban tan cerca que se rozaban y me daba miedo yo misma, lo que de pronto pensaba, lo que sentía. Era como si el mundo se estuviera transformando a mi alrededor y yo no pudiera intervenir en esa transformación, como si de pronto todo pudiera volverse sucio y aberrante, y cinco minutos más tarde, sin apenas transición, volviera a ser etéreo y espiritual, con la elegancia indiscutible que tienen los sentimientos más puros.

Recuerdo que aparecí jadeando en el estanco y que mi madre, Helen y la estanquera, se callaron de improviso al verme. Helen fue la primera en reaccionar.

—¿Y Richard?

Mi madre estaba congestionada, el rostro enrojecido, como si con mi

presencia acabara de interrumpir una discusión o una confidencia que la turbaba hasta límites inconcebibles.

—Se ha quedado viendo los animales —acerté a decir.

—Ve a buscarlo —ordenó mi madre con una determinación que no era frecuente en ella—. Pide unos refrescos en el bar y esperadnos allí.

¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Por qué no era capaz de entender nada? Fui hacia la terraza del bar y me senté en una de las sillas metálicas. El valle parecía un decorado abrasado por la luz oblicua de la tarde. Las viñas se volvían doradas en las laderas de poniente y los campos de mies, segados por aquellos días, eran pequeñas cuadrículas que algún árbol escuálido ayudaba a delimitar.

Cuando el inglés y mi padre llegaron con el automóvil era casi de noche. El sol se había ocultado y unas nubes rojas descendían sobre el valle. Habíamos estado aguardando, cobijados los cuatro bajo el emparrado del bar, y, si no recuerdo mal, creo incluso que jugamos a un juego que tu madre llamaba la magia negra. Uno de vosotros se alejaba y los demás nos poníamos de acuerdo sobre un objeto que todos pudiéramos ver. Luego tú, o ella, teníais que adivinar de qué objeto se trataba, sin intercambiar ninguna pista, hasta que una vez tras otra se producía el milagro y el objeto elegido surgía de su voz o de la tuya con una sorprendente fidelidad. Había un truco en aquel maravilloso juego. Pero nunca me lo quisiste decir. Tu madre y tú os reíais de mi insistencia y lo repetíamos una y otra vez, hasta que yo me enfadaba porque era incapaz de encontrar una explicación lógica. Creo que ese día ni siquiera lo intenté. Había otros muchos misterios que aclarar.

Douglas aparcó el coche junto a la entrada del bar. Cuando vi salir a mi padre sentí una alegría tan grande que corrí a abrazarlo. Era la única presencia capaz de producir aquella serenidad que necesitaba mi atormentado espíritu. ¿Sabes una cosa? Mi padre fue siempre un hombre

comprensivo y cabal, a pesar de sus manías tenía un extraño sentido común que me hacía sentir a salvo. Algo que mi madre nunca pudo darme y que, sin embargo, existía entre ellos dos.

Bueno, así son las cosas. A veces hay que aceptar que somos lo que somos gracias a otra gente. No sé si te sorprenderá lo que voy a decirte. Ha habido varios hombres en mi vida. Con todos ellos he intentado encontrar la serenidad y la inexplicable comprensión que recuerdo haber observado entre mis padres. Eran dos seres distintos, tenían caracteres antagónicos y, sin embargo, una notaba claramente el bienestar que emanaba de aquella unión, una cualidad que era algo físico, denso, compacto, un vínculo que se expandía alrededor de ellos dos y que no afectaba a nadie más. Durante toda mi niñez intenté comprender cuál era el secreto de aquella relación, cómo podía llegar a apoderarme de ese algo que ellos tenían y que me dejaba al margen. Quería conseguir a toda costa un destino similar para mi vida porque, ya entonces, presentía que la tranquila placidez del amor me estaba vedada. No me equivocaba, ¿sabes? Mis relaciones sentimentales han sido casi siempre frustrantes, plagadas de desencuentros y de conflictos que seguramente yo misma he provocado con mi actitud. La ansiedad por querer ser feliz es un mal aliado. Impide que las cosas funcionen.

Puedo asegurar que lo he intentado. He intentado con todas mis fuerzas reproducir lo que sentía durante ese verano y no ha sido posible. Coger esa franja de tiempo y repetirla, una y otra vez, en distintos escenarios. Nunca lo he conseguido. Y creo que es precisamente ese peso lo que no me permite ser libre. De hecho, he sido incapaz de tener hijos, algo que sin duda me hubiera ayudado a desterrar unas imágenes que todavía siguen teniendo esa vigencia enajenante que me ata al pasado. Ningún hombre me ha parecido lo suficientemente bueno para compartir con él esa responsabilidad. Siempre que he creído encontrarlo, cada vez que me hacía

la ilusión de que esta vez iba a ser algo definitivo, surgía la imagen de un muchacho de quince años que se bañaba desnudo y cuyo rostro sonriente era capaz de mostrarme la dicha con el simple hecho de aparecer en mis sueños. Te recuerdo así, intacto, con la hiriente naturalidad de esas imágenes irrepetibles. Porque durante todo este tiempo has estado presente en mi memoria. Cada noche, cuando llega el alba, me despierto sobresaltada, una corriente cálida me invade desde muy atrás y me obliga a abrir los ojos. Es tu rostro. Pero también algo más. En esos sueños siempre aparece La Bolivia, siempre estás acompañado de Helen y Douglas, de Águeda, de mi padre, encerrado en su despacho entre toneladas de papel viejo, y de mi madre, cuya imagen se desvanece por el camino de las adelfas.

Así era y así sigue siendo. A veces pienso que es precisamente esa contagiosa sensación de felicidad lo que me aleja de la realidad, lo que me ha impedido construir mi vida. Es un lastre al que me aferro con uñas y dientes, algo a lo que todavía no he podido renunciar. Creo que, en el fondo, he venido a La Bolivia para ver si puedo, de una vez por todas, cerrar la puerta que comunica con el pasado.

Atamos dos de las bicicletas al portón de atrás y las mujeres montamos en el coche. Douglas y tú regresasteis con las otras dos, las que tenían luz. Mi padre parecía satisfecho. Debía de haber encontrado lo que buscaba, porque cogió la mano de mi madre y le dijo algo que no pude oír.

Esa noche volvieron a hablar del manuscrito.

—He revisado uno a uno todos los procesos que figuran en los archivos de Granada. Y solo hay dos intervenciones del Santo Oficio por hechicería y superstición. Uno es contra una mujer acusada de brujería y el otro es contra un burgués procesado por realizar experimentos en confabulación con el diablo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Helen—. ¿Qué les hicieron?

—A la mujer la quemaron en la hoguera.

—¿Y al hombre?

—No he podido encontrar la sentencia. Los procesos eran largos y el Archivo de Granada no es precisamente un modelo de organización. Pero escuchad esto —dijo mi padre aproximando unos cuantos papeles a la luz del candil. Recuerdo que me estabas preguntando algo y que te mandé callar con un gesto—: «Proceso inquisitorial celebrado en la ciudad de Granada contra Juan Pérez Clavijo, en el mes de mayo de 1716, estando presentes los miembros del Tribunal Eclesiástico y el Secretario Mayor, quien toma declaración al acusado. Como preámbulo, el Presidente del Tribunal, don Juan de Saavedra, hace constar que la Vista Preliminar se realiza a puerta cerrada, ya que tiene por objeto la mera presentación del acusado ante el Santísimo Tribunal, y que de esta primera Audiencia se derivarán, si las hubiere, las diligencias oportunas para que el detenido sea juzgado de acuerdo a las normas dictadas por el Consejo de la Suprema y General Inquisición.

»Preguntado el compareciente por sus creencias religiosas, asegura ser cristiano viejo y creer en la Santísima Iglesia de San Pedro, negando cualquier vínculo de sangre con judíos o moriscos. Preguntado por su estado civil, manifiesta estar casado con doña Manuela de Rivas, natural de Granada. Preguntado por su condición, dice ser burgués y hombre de ciencia. En este punto los miembros del Tribunal lo interrogan sobre las prácticas que lo han traído ante su presencia y el acusado confiesa haber realizado experimentos para la obtención de sustancias. Interrogado por la naturaleza de esos experimentos manifiesta con titubeos que son prácticas propias de los químicos y que no puede desvelar sus secretos ante el Dignísimo Tribunal, ya que no lo entenderían, por ser términos oscuros

para los profanos en la ciencia de los metales, a lo que uno de los miembros objeta la docta composición del mismo y lo interroga reiteradamente sobre los dichos experimentos. El acusado se niega a responder y trata de confundir las preclaras mentes del Santo Oficio con palabras y términos que no parecen de este mundo.

»Vista la reacción del acusado y cumplidas las normas y pasos de la primera audiencia, el Tribunal ordena la confiscación de bienes y el ingreso en prisión del acusado hasta que tenga lugar el juicio propiamente dicho en el que se presentarán cargos, advirtiendo los miembros del Tribunal que se le pedirá declaración “*in caput alienum*”, por si sucediera que el acusado tuviera contactos con otros sospechosos que en su día deberán igualmente comparecer ante el Santo Oficio.

»Lo que se firma y rubrica en la ciudad de Granada, en el día veintiséis del mes de mayo de 1716».

Parecía un documento muy importante, porque todos nos quedamos en silencio, un poco sobrecogidos por el tono tenebroso del escrito que mi padre acababa de leer. Helen, que era la más espontánea, preguntó:

—¿Cómo sabes que estamos hablando del hombre que escribió el manuscrito? Ahí no se dice nada de un diario.

—Espera a ver esto —respondió mi padre—. Es la transcripción del juicio que se celebró contra Pérez Clavijo y seis personas más en el mes de noviembre de ese mismo año. He copiado las partes más significativas de los interrogatorios.

Revolvió los papeles con una impaciencia impropia de él y, cuando encontró lo que buscaba, acercó la luz un poco más para poder leer.

—Es un fragmento de la declaración de uno de los sirvientes —dijo—. He hecho una transcripción muy poco académica, pero creo que se entenderá sin ningún problema. Dice así: «Interrogado el mozo sobre los

secretos que su amo guardaba en una de las habitaciones de la casa, asegura haber entrado allí una sola vez, con motivo de un descuido por parte de su patrón, y haberlo hecho convencido de que en ese cuarto se practicaba algún acto de magia. Refiere el criado haber visto extraños aparatos en los que se cocían líquidos de aspecto raro y olor apestoso, y cuenta que toda la estancia estaba inundada por una cortina de humo amarillento que parecía una solfatara, y vio a su amo en medio de este humo pronunciando extrañas palabras en un idioma que no era de este mundo. Cuando el tribunal lo insta a que repita alguna, él dice que recuerda tres porque ese día su amo las pronunció siete veces cada una, a modo de salmodia, y que esas palabras eran “*Elugaté*”, “*Linemalore*” y “*Tripsarecopsem*”. Dice también haber visto cómo el acusado consultaba un pliego de papel en el que había extraños dibujos, ninguno de ellos reconocible pues no se trataba de visiones comunes, sino de signos, y que este pliego estaba extendido sobre la mesa, y que era tan grande que ocupaba él solo la mitad de la misma, por lo que no le fue difícil contemplar su contenido. Por último, refiere el criado su impresión de que en aquella habitación había una presencia invisible y que el olor a azufre le hizo pensar que sin duda se trataba del mismísimo diablo, por lo que se alejó de allí sin dejar que su amo lo viera, y que durante muchas noches tuvo sueños terribles y dolores en todas las partes del cuerpo, como si le arrancara los miembros uno a uno, por lo que decidió ponerse en manos del Santo Oficio y denunciar lo que en casa de su señor se estaba produciendo.

»”El tribunal entonces pregunta al acusado Pérez Clavijo sobre todo lo anteriormente declarado y el reo no desmiente las acusaciones de su criado, muy por el contrario las confirma, alegando que la habitación a la que se refieren es su laboratorio y que en él lleva a cabo experimentos químicos. Interrogado por el carácter secreto de ese cuarto dice que no hay tal, aunque

lo mantiene cerrado y con la prohibición expresa de que nadie, sino él, entre allí. Justifica su actitud dando razón de la ignorancia de los criados, cuya torpeza es incompatible con las delicadas substancias que los hombres de ciencia manejan, y que temía que si alguno de ellos entraba en la estancia podía causar gran perjuicio en sus investigaciones. También reconoce que el criado pudo ver un humo amarillento y sentir un olor nauseabundo, pero eso no implica según el acusado ninguna presencia diabólica, sino que ese olor y humareda son fruto de la combustión tóxica del azufre, materia que frecuentemente usa en dichos experimentos. Dice haber ensayado una fórmula, según la cual hay que cocer grandes cantidades de azufre y mercurio, por lo que el Presidente del Santísimo Tribunal lo interrumpe queriendo saber qué fin tenía la dicha fórmula y entonces el acusado, mostrando gran irreverencia, se niega a responder certeramente, hasta que finalmente explica que consiste en extraer la parte volátil del mercurio y las partículas sólidas del azufre mediante un atanor, cuya fabricación ha realizado él mismo, y se extiende en explicar las fases de realización de dicho aparato que según él tiene como objeto conducir el calor por un tubo central metido en una vasija de barro y sirve para la combustión de los productos minerales. Todos estos detalles confunden mucho a los miembros del Tribunal, por lo que deliberan entre ellos y finalmente acuerdan preguntar al reo por esas misteriosas palabras que el criado aseguraba haberle escuchado pronunciar. Entonces el procesado manifiesta que las palabras *'Elugaté'*, *'Linemalore'* y *'Tripsarecopsem'* no contienen otro misterio que el de pertenecer a un antiguo tratado de química escrito por un italiano, el conde Bernardo el Trevisano, del que se dice que a la edad de ochenta y dos años descubrió el secreto de la piedra filosofal. Que las pronunció siete veces por ser siete las fases alternantes de la disolución y la solidificación. Uno de los miembros del Tribunal pregunta a Pérez Clavijo

si también era este su propósito, descubrir la piedra filosofal, a lo que el acusado responde negativamente, manifestando su incredulidad sobre la dicha substancia de la piedra filosofal, cosa en la que mayormente creen todos los alquimistas, tal y como le hace notar el Padre Inquisidor. Pero el reo dice no compartir estas creencias y las tacha de ingenuas, siendo sus tareas mucho menos ambiciosas, pues declara haber estudiado durante muchos años la posibilidad de doblar el peso de los metales, cosa que no es en absoluto fruto de la magia, sino del trabajo y de la experimentación.”.»

Mi padre hizo entonces una significativa pausa y todos comprendimos que el hombre juzgado en Granada era el mismo que había escrito el diario. No recuerdo qué más nos leyó esa noche, pero todos estábamos fascinados con la historia.

¿Sabes lo que significan las palabras «*Elugaté*», «*Linemalore*» y «*Tripsarecopsem*»? He recordado siempre su sonido y una vez, cuando cayó en mis manos un libro titulado *Miscellanea d’Alchimia*, editado en Italia en siglo xv, un libro maravilloso que tenía las ilustraciones más hermosas que he visto nunca, descubrí allí esas mismas palabras. Al parecer, pertenecen a una especie de alegoría alquímica que, efectivamente, se atribuye a un conde italiano llamado Bernardo el Trevisano, que nació en Padua, en 1406. «*Elugaté*» quiere decir «betún igualado» y es una especie de cierre hermético que tiene la finalidad de actuar como sello de los recipientes. «*Linemalore*» es el «poso normal» y se refiere al poso que queda en los toneles después de la putrefacción del mosto. «*Tripsarecopsem*» viene a significar algo así como «espíritu, alma y cuerpo». No sé lo que significan, es muy difícil para mí recomponer los procesos químicos a los que se dedicaba el pobre Pérez Clavijo, pero creo que suenan muy sugerentes, ¿verdad?

Bien, quizá mi padre tampoco demostró demasiado interés por el

contenido científico del libro que encontramos en la torre. Eso sí, se dejó fascinar por las actas del proceso, porque durante todo aquel invierno estuvo yendo y viniendo a Granada para consultar los archivos y conseguir datos sobre la vida de Pérez Clavijo. El Códice de las Vizcaínas dio paso a una nueva obsesión y mi pobre padre, que había tenido que abandonar sus investigaciones sobre el libro de Fray Bartolomé de las Casas, se aferró a este nuevo caso como un náufrago que de pronto encuentra una balsa en mitad del océano. El hallazgo del manuscrito contribuyó en gran medida a que mi padre quisiera quedarse a vivir en La Bolivia. La renta que producía la explotación de los alcornoques era suficiente para vivir, teníamos una casa, un viejo coche, y Granada estaba lo bastante cerca como para que él pudiera rebuscar durante días y días en los viejos archivos inquisitoriales. Eso destrozó la vida de mi madre, pero ahora comprendo a mi padre porque yo hubiera hecho lo mismo.

El verano seguía su curso, y un buen día, sin previo aviso, los ingleses se marcharon. Las hojas de los chopos comenzaban a amarillear y en el embalse había moras de un color rojizo que, en cuestión de días, se volvieron negras y sangrantes, como mi aflicción.

Tuve que ir al colegio. Mi padre se empeñó. Decía que era necesario, tenía que educarme en colectividad, salir de aquella casa y convivir con los muchachos de mi edad. Iba cada mañana en bicicleta hasta Montaña y allí me subía a una vieja tartana que llegaba hasta Gayol. La mayor parte de los días veía amanecer en la carretera y regresaba a casa cuando la luz del sol declinaba por las laderas del mirador. Ya no había luciérnagas, ni risas, solo una feroz resistencia que me hacía comportarme como si estuviera terriblemente enfadada con todos.

Mi carácter cambió. De pronto había dejado de ser una niña y me había convertido en una adolescente ensimismada y huraña. Era un estado extraño, sentía que mi cuerpo cambiaba a gran velocidad y que alguien estaba alargando cada uno de mis miembros, produciéndome con ello un desconocido dolor. Mi madre solía murmurar que eran las fases lógicas del crecimiento, pero yo no veía en aquellos cambios nada natural, todo me resultaba desagradable, la verdad es que hubiera dado cualquier cosa por recuperar el clima feliz y despreocupado en el que vivíamos tan solo unos meses antes.

Llegaron los primeros fríos y luego el invierno se atrincheró en las copas desnudas de los árboles. Los pájaros desaparecieron del jardín y ninguno de nosotros volvió a bajar al embalse. Pasábamos las tardes en la habitación de la planta baja, ese pequeño cuarto que tiene una estufa de leña pegada a la pared. Mi padre utilizaba el gimnasio cada mañana y por las noches leía los periódicos, mientras mi madre se quedaba mirando fijamente el fuego, con

la misma silenciosa actitud con la que antes miraba las aguas temblorosas del embalse. A veces sus ojos se iluminaban con un destello momentáneo, una especie de luz indefinida que duraba unos instantes. Recuerdo que yo solía observarla desde la mesa en la que hacía mis deberes y que a veces esperaba oír de sus labios una exclamación de angustia, una queja o un reproche. Pero ella nunca decía nada. Imaginaba que estaba pensando en ese hombre con el que se veía a escondidas, y sentía auténtico terror al pensar que mi padre pudiera descubrirlo. Sin embargo, creo que ya te lo he dicho en alguna otra ocasión, mis padres aparentaban llevarse bastante bien, de hecho creo que se querían de verdad, y yo me preguntaba cómo era posible que se comportaran con aquella aparente cordialidad cuando había una enorme traición planeando sobre sus vidas. El caso es que ambos parecían estar íntimamente conectados, no era un acuerdo visible, sino otra cosa más profunda, una especie de pacto que daba a nuestras vidas la exasperante sensación de que estábamos allí esperando algo que podía no suceder nunca.

Un día, al regresar del colegio, vi un coche aparcado junto a la casa.

—Es el notario de Gayol —dijo mi madre—. Está hablando con papá en el despacho.

Subí las escaleras de dos en dos y me paré frente a la puerta cerrada. Se oían voces apagadas, murmullos en los que creí escuchar la palabra «intestado» y las protestas encendidas de mi padre. Cuando el notario salió de la casa, llevaba en la mano un sobre amarillento que metió precipitadamente en su cartera.

Mi padre se fue al día siguiente a Granada.

Creo que es el momento de hablarte de lo que pasó con el libro que encontramos en la torre. Mi padre había pasado todo el invierno trabajando en la transliteración paleográfica. Durante ese tiempo hizo varios viajes a

Granada. Creo que se encerraba durante horas en los archivos de la Catedral, entre viejos legajos comidos por el tiempo, y que intentó recuperar una a una todas las actas del proceso celebrado contra Juan Pérez Clavijo.

Yo seguía con la costumbre de visitar clandestinamente su despacho y hurgar entre las notas y papeles fragmentarios que se iban amontonando sobre la mesa. No sé lo que buscaba. Había algo extraño en aquel asunto. No sé si acertaré a explicártelo. Verás, los trabajos anteriores de mi padre, el Códice de las Vizcaínas, por ejemplo, tenían una justificación clara. Se trataba de demostrar que los datos históricos sobre la obra de Fray Bartolomé de las Casas eran erróneos. Resultaba académicamente factible, lógico, y en cierto sentido aséptico. No tenía nada que ver con nuestra vida. En cambio, el manuscrito que encontramos en la habitación de la torre poseía una especie de tentáculos que rozaban el presente. Yo lo notaba, podía olerlo, el peligro estaba agazapado entre aquellos pliegos cosidos toscamente, y aunque el personaje me resultaba simpático, también me daba miedo.

Creo que por eso lo hacía a escondidas, para no tener que explicar a nadie lo que yo misma era incapaz de entender. Iba al despacho, me sentaba en la silla de cuero y trataba de asimilar aquel oscuro galimatías. El diario de Pérez Clavijo estaba siempre colocado en un atril y abierto por la página que mi padre trataba de descifrar en esos momentos. Había ido traduciendo con lentitud y perseverancia cada una de aquellas hojas apergaminadas, pero en sus notas pude ver que seguía sin conocer el verdadero contenido del libro. Ahora no me extraña en absoluto. Recuerdo que las explicaciones químicas me parecían totalmente absurdas, se hablaba de hacer sol, aumentar la luna y cosas así. La mayor parte de las veces me iba de allí sin haber entendido una sola palabra. Era como un rompecabezas.

Una vez, mientras él estaba en Granada, entré a escondidas durante la noche. Mi madre se había acostado pronto y yo no podía conciliar el sueño. Era una noche fría. A través de los cristales empañados se veía una hermosa luna llena que se alzaba sobre el jardín. Me acerqué a la ventana y limpié el vaho, que dejó en la palma de mi mano un frío hiriente y húmedo. Fuera, la luz de la luna bañaba el cenador de las glicinias, dándole un aspecto lejano y fantasmal. Era como una de esas estampas de cementerios y difuntos. Las ramas retorcidas se enroscaban en la estructura de hierro de la pérgola y los finos vástagos caían por uno de los laterales como álabes de un árbol invisible que buscara el tacto de la tierra. Sentí esa curiosa sensación de bienestar que se produce cuando las condiciones meteorológicas son hostiles y nos encontramos a resguardo. Es algo que todavía hoy me sorprende algunos domingos invernales, cuando llueve o hace frío, y yo me paso el día en pijama, cobijada en la suave pereza sin horas de mi hogar de mujer sola. Te juro que en esos momentos me alegro de no tener una familia de la que ocuparme, es una sensación confortable, no hay que salir a comprar el pan, ni cocinar, ni siquiera llevar a los niños al cine. Es una verdadera delicia. Vagas por la casa, arropada por tu propia soledad, flotas en el silencio, olfateas el olor que se ha impregnado en la tapicería de un sillón, es tu olor, el de tu pelo, tus sudores y acaso tu perfume, está allí, nítido, reconocible, sin ninguna injerencia extraña que desvirtúe su capacidad de identificación. En esa casa de los domingos lluviosos estás sola tú y tus cosas. A veces una lámpara modernista te puede hacer tan feliz, y luego descorres las cortinas y te tiras en el sofá, mirando la lluvia y las luces de las casas vecinas.

Así me sentía aquella noche, cuando la luna iluminaba el jardín y el frío intentaba traspasar los límites imprecisos de algo que podía parecer efímero, pero no lo era, porque en el despacho de mi padre cada objeto

estaba impregnado de una íntima sensación de seguridad interior, esa fortaleza espiritual que emanaba de su persona y que se prolongaba por todos los espacios domésticos donde él solía estar. Recuerdo que me encontraba sumida en esa especie de ensoñación que produce la vigilia cuando no puedes dormir y, sin embargo, te vas alejando de la realidad por un pasillo estrecho, ya sabes, es como un embudo que te precipita sobre tus propias imágenes mentales, como estar despierta y dormida al mismo tiempo. En el cenador de las glicinias, el tiempo parecía congelado. Creí ver una sombra que se deslizaba a toda prisa entre la pérgola y el mirador. No hice caso. Ese tipo de imágenes son propias de las noches en vela. La sombra parecía la de una mujer, una mujer con un abrigo y una falda muy larga que se apresuraba a cruzar la explanada del mirador y que rodeaba la pérgola desapareciendo tras ella. Pero yo no la consideraba real en aquellos momentos, era como un juego, como imaginar figuras en las nubes, en las puertas de un armario o en los baldosines del suelo.

Recuerdo que estaba descalza y que me subí en la silla de cuero con las piernas dobladas bajo el cuerpo. La mesa estaba, como siempre, llena de notas. Encendí la lámpara de latón para poder leer alguno de aquellos papeles. Sobre la mesa había una carta. Llevaba el membrete de un despacho de abogados de Granada. Iba a cogerla cuando de pronto miré hacia el pasillo y vi a mi madre en el umbral de la puerta.

—¿Qué haces aquí?

No supe qué decir. Mi madre llevaba una gruesa bata de paño sobre el camisón y temblaba de frío. Se acercó a la mesa, apagó la lámpara y dijo:

—Vete ahora mismo a dormir.

En el instante en que me levantaba de la silla, iluminado por la luz plateada de la luna, vi el atril. Estaba vacío.

Al principio pensé que mi padre se lo había llevado a Granada para hacer

alguna comprobación, pero al día siguiente, cuando volví del colegio, eché un vistazo a su despacho y comprobé con asombro que el manuscrito estaba de nuevo en su sitio. ¿Quién lo había cogido y para qué? Por un instante recordé la sombra furtiva que había visto atravesar el jardín y a mi madre junto al umbral de la puerta, temblando de frío. ¿Había sido ella? Y si era así, ¿a quién se lo había enseñado?

Todas estas cosas me hacían sentirme desgraciada. No estaba segura de que mi madre tuviera un amante, pero tampoco era capaz de apartar esa oscura idea de mi pensamiento. A veces sentía remordimientos por desconfiar de ella, y otras, cuando se comportaba de aquella manera incomprensible, albergaba una especie de rencor que me llevaba a odiarla. Sé que todos esos sentimientos son propios de la adolescencia, cuando queremos entender el mundo de los adultos y no podemos abarcar la complejidad de la vida desde nuestra limitada conciencia infantil. Con mi padre las cosas eran distintas. Me producía una gran seguridad. En algún momento pensé en contarle lo que me preocupaba, pero luego me entraba el pánico al pensar que podía ocasionar un desastre familiar.

Y de pronto se acabó el invierno. Con la primavera vinieron las lluvias y la tierra helada por el frío se esponjó. En los aleros de La Bolivia aparecieron las primeras golondrinas.

Un día, cuando volvía del colegio, vi a Águeda caminando por la carretera de tierra que llegaba hasta la Casa Grande. No llevaba su viejo mono de hombre, se había puesto medias de algodón, zapatos y un vestido negro que resultaba algo anticuado. No la había vuelto a ver desde el verano.

Paré la bici junto a ella. Me miró con sus pequeños ojos maliciosos.

—Has crecido mucho, niña Irene. Tu madre debe de estar contenta, cada

día te pareces más a ella. Pero ten cuidado. No es bueno que una muchacha de tu edad ande sola por los caminos.

Yo no tenía miedo.

—¿Qué puede pasarme?

—Nada —respondió mirando al suelo—. Nada seguramente.

Águeda siempre se movía en esa especie de nebulosa incierta en la que todo parecía terriblemente misterioso, tanto lo que decía como lo que callaba.

Confieso que por un instante consiguió inquietarme. Luego me olvidé.

—¿Hacia dónde vas? —le pregunté todavía extrañada por su acicalado aspecto.

—A tu casa —respondió—. Tu madre me necesita.

Bajé de la bici y subimos juntas el último tramo de la cuesta. Cuando llegamos a la casa vimos a mi madre esperando junto al porche. Llevaba un chal de lana sobre los hombros y el pelo recogido en un moño. Súbitamente me pareció que había envejecido, que no era exactamente ella, sino más bien la mujer que podía ser en el futuro, una anciana de aspecto temeroso que deambulaba por su propia casa como si le fuera extraña. Estaba allí, parada frente al camino, y nos miraba con inquietud. Se saludaron con un simple gesto y Águeda fue tras ella por el corredor de la planta baja hasta que las dos se encerraron en la cocina. Era evidente que no querían que yo escuchara su conversación, así que di un rodeo y me asomé por una de las ventanas del jardín. Hablaban en voz muy baja. Mi madre estaba sentada en el banco y, frente a ella, Águeda asentía en silencio. Pegué la espalda a la pared y me quedé allí, escuchando.

—Pero ¿se lo enseñaste?

—¿Qué iba a hacer? Agustín estaba en Granada y él se presentó durante

la noche. No quería que mi hija lo viera, así que le pedí que me esperara en el jardín.

—¿Qué dijo cuando vio el libro?

—Preguntó dónde lo habíamos encontrado.

—¿Se lo dijiste? ¿Le hablaste de las acciones?

Mi madre tardó unos segundos en responder.

—No, pero creo que lo sabe.

—¿Que sabe qué?

—Lo de la mina.

—¿Y Agustín?

—No, Agustín no sospecha nada.

Águeda suspiró.

—Un día de estos tendrás que hablar con él.

—¿Para qué? ¿Para que todo vuelva a empezar? No quiero quedarme aquí, odio esta casa y estas tierras. Ojalá no hubiéramos vuelto nunca.

Eso fue todo lo que pude escuchar. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que ellas también podrían oír los latidos. Antes de que me descubrieran me alejé hacia el mirador y me senté en el mismo lugar en el que habíamos visto por primera vez las luciérnagas. Pensaba en aquellos días de verano, cuando todos estábamos juntos y el mundo era aquel lugar fascinante. El eco de la felicidad... Para mí parecía haberse desvanecido para siempre.

No sé cuánto tiempo estuve en el mirador. El sol fue cayendo por la ladera y los matojos de romero, con sus pequeñas florecillas azules, se fueron incendiando con la suave luz de poniente hasta que llegaron a parecer dorados ellos también. De pronto noté que alguien se había situado a mi espalda.

—¿Qué haces aquí, niña Irene? Tu madre te anda buscando.

Me volví y vi a Águeda. Aunque llevaba el pelo recogido en la nuca, aquella llamarada de color rojo me recordó algo que ella había dicho el día que nos conocimos: «Tú también llevas dentro la semilla del demonio». Eso era lo que nos aquejaba a todos, una especie de maldición familiar que debía de estar en nuestros genes y que era un vapor insano, algo que venía del pasado y estaba adueñándose de mi madre con tanto sigilo que solo los que llevábamos la sangre del indiano podíamos percibirlo.

Águeda se me quedó mirando durante unos segundos.

—Vaya, vaya —dijo sonriendo con malicia—, pareces un alma en pena. ¿Qué tienes?

Negué con gesto huraño. No quería hablar con nadie.

—Echas en falta al inglés.

Sentía una tremenda rabia dentro de mí, un coraje sordo hacia todos, hacia mi madre, hacia Águeda, incluso hacia mí misma por ser incapaz de entender lo que estaba pasando. Ella permaneció mirándome como si pudiera leer mis pensamientos y se burlara de ellos. Eso me irritó aún más.

—Déjame en paz —dije poniéndome en pie—. ¿Qué eres tú? ¿Una alcahueta?

Águeda se quedó bruscamente paralizada, pero solo un instante. Luego sonrió de nuevo y respondió:

—Puedo serlo cuando hace falta, ¿sabes?

—Pues aquí no te necesitamos para nada —exclamé furiosa.

Me sentía tan mal... Sabía que estaba siendo terriblemente injusta con la pobre Águeda, pero no podía evitarlo. Además, ¿por qué tenía ella que meterse en mis cosas? Me encerré en mi habitación y me puse a llorar. Cuando mi padre volvió de Granada tenía los ojos hinchados y noté que se dio cuenta, pero no me preguntó nada. Luego, por la noche, le oí hablar con mi madre.

—¿Qué le pasa a la chica?

Ellos estaban en la planta baja. Recuerdo que me asomé al rellano de la escalera.

—No lo sé —respondió mi madre—. Está realmente imposible. ¿Sabes lo que le pillé haciendo el otro día? Pues la sorprendí fisgando en tus papeles.

—Bueno, eso no es tan grave.

—Ya, pero eran las dos de la mañana.

—Todos hemos sido niños, Teresa. La curiosidad forma parte del crecimiento.

—Pero las cosas no se hacen a escondidas. Si quiere saber algo, que pregunte.

Me pareció injusto. ¿No era ella la que vivía una doble vida a espaldas de mi padre? ¿Acaso no le estaba ocultando la existencia de aquel misterioso hombre que nos visitaba por las noches? Realmente no era la persona más indicada para hablar.

Hoy he pensado en lo nocivo que puede ser el silencio. No me refiero a la simple ausencia de ruido, sino a esa otra clase de silencios que taponan los orificios de la mente y que nos impiden comprender a los demás o hacernos oír por ellos. El silencio es como una enorme roca que alguien hubiera puesto en la entrada de una cueva. Es difícil entrar y es difícil salir.

Si hubiera podido contárselo a alguien... Pensé en escribirte una carta, de hecho lo intenté varias veces, pero no era capaz de explicar con claridad lo que pasaba. Además, me daba vergüenza. ¿Cómo iba a decirte: «Creo que mi madre tiene un amante y se ve con él a escondidas»?

Me sentía sola. Completamente sola. En aquella época incluso me costaba tener amigos. Claro que en la escuela de Gayol no había mucho donde elegir. Estaba la hija de la estanquera, pero desde aquel día en el que me llevó a ver los caballos yo procuraba evitar su compañía. Me resultaba realmente aversiva. Fuera de la maestra, una solterona adusta y un poco melancólica, no había nadie con quien realmente me apeteciera hablar. Y creo que esa cerrazón por mi parte contribuyó a que la gente me diera la espalda. Los otros alumnos, los chicos sobre todo, me miraban con prevención, creo que les parecía una especie de impostora que no tenía por qué estar allí. Cogí fama de estirada, de bicho raro. A las otras chicas les hacían la vida imposible, las esperaban en las esquinas, les mandaban notas durante la clase y, a veces, iban con ellas a los billares de la plaza Mayor o a pasear por la alameda cogidos de la mano. A mí ni se me acercaban. Entre ellos y yo había una distancia muy larga. No estoy hablando de un espacio ilusorio, sino físico. Yo percibía esa distancia. En cierto sentido, la provocaba. La verdad es que me sentía completamente aislada del mundo y, ¿ves?, creo que es lo mismo que le debió de suceder a mi madre, una se va volviendo poco a poco distante, se fabrica una especie de burbuja en la que

refugiarse porque la realidad no le gusta y, cuando se quiere dar cuenta, nota que está definitivamente al margen.

La finca tenía la culpa de lo que nos pasaba. ¿Recuerdas esa palabra que solía usar tu padre al referirse a las especies autóctonas? Los «endemismos». Es una palabra que siempre me viene a la mente cuando recuerdo los años de La Bolivia. El temor y el silencio se habían pegado a las paredes de la casa y andaban flotando por las estancias, convirtiendo el aire que respirábamos en un insano ecosistema donde crecía el mal.

Ahora que ha pasado tanto tiempo me doy cuenta de lo que debió sufrir mi madre cuando tenía mi edad. En el fondo me estaba ocurriendo lo mismo que a ella. Quería preguntar y no podía, quería desahogarme y no había manera de soltar aquella bola de estopa que se me agarraba por las noches a la garganta. A veces me quedaba despierta en la oscuridad de mi cuarto y la angustia iba creciendo, poco a poco se le iban añadiendo los deseos y el miedo, hasta que finalmente me dormía y entonces a esa masa informe también se le enredaban los sueños.

Hoy he estado durante más de una hora en la habitación de mis padres. Es un cuarto sencillo. Hay una cama de bronce, dos mesillas de madera con la encimera de mármol y un tocador. El armario, que no es muy grande, tiene dos pesadas puertas que crujen al abrirlas. En una de las baldas bajas que se usan de zapatero, al fondo, he encontrado unas alpargatas viejas. Deben de llevar aquí más de veinte años. Estaban medio rotas, pero aun así me he sobresaltado al encontrarlas, porque tenían la forma exacta de los pies de mi padre, perfecta, reconocible a pesar del tiempo transcurrido. ¡Cómo pueden asustarnos los objetos! Sobre todo unos zapatos usados. Por un instante me ha parecido que mi padre no se había muerto, que podía aparecer por la puerta, abrir el armario y calzarse las zapatillas para salir a dar un paseo por la finca. Luego me he llenado de pena. Era tan doloroso

ver todavía el dibujo de los dedos en la tela de lona... y el tacón desgastado en uno de los extremos... y la suciedad de la plantilla, a la que se habían adherido pequeñas briznas de hierba que aún seguían ahí...

Entonces me ha dado por pensar que podía haber alguna otra cosa en el armario. Lo he registrado completamente, incluso he levantado el papel que cubre el fondo de los cajones, como si todavía pudiera encontrar allí una carta secreta o la fotografía de alguien que no merece estar en el álbum familiar. No había nada más. Es lógico, la casa se encuentra vacía desde hace muchos años.

No sé si te escribí cuando murió mi padre. Tenía solo sesenta y tres años, pero ya ves, le dio un ataque mientras dormía y ya nunca despertó. Un aneurisma, nos dijeron. Yo ya estaba viviendo en Madrid y ellos en aquel piso que compraron en Granada. Desde la terraza se veían las montañas cubiertas de nieve y, al otro lado, las huertas del Darro cuajadas de frutales. Recuerdo esa época como algo confuso. Era a principios de los años setenta. Yo me había afiliado a uno de esos partidos de extrema izquierda que luego, con la llegada de la democracia, desaparecerían para siempre. Hacíamos largas reuniones clandestinas en una casa de Las Gabias donde intentábamos destruir el capitalismo, la familia, la propiedad privada y todo lo que por entonces se denominaba identidad pequeño burguesa. Practicábamos el amor libre como quien pone en práctica una difícil lección teórica, creo que nos acostábamos los unos con los otros por obligación, mientras recitábamos párrafos enteros de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker. Éramos una pandilla de soñadores con las hormonas alteradas y los sueños de libertad más alterados todavía. El caso es que, en cuestión de unos meses, decidí que no quería seguir bajo la tutela de mis padres y me fui a vivir a Madrid. No sé por qué lo hice. Seguramente pretendía desafiarlos, convencerme a mí misma de

que podía organizar mi vida de otra manera, sin que ellos estuvieran cerca. El caso es que un buen día les dije que me marchaba de casa y que iba a vivir con un grupo de amigos. No se opusieron. Ninguno de los dos. Mi madre intentó convencerme para que me quedara hasta terminar el curso, pero yo estaba decidida y metí mis cuatro trastos en una maleta vieja, cogí el autobús de línea y me marché de Granada. Mi padre nunca me lo reprochó. Sabía que le estaba causando una gran pena, sobre todo porque él había vivido muchos años en el exilio y no podía comprender que los jóvenes estuviéramos tan furiosos con todo ahora que Franco había muerto. Pero yo no escapaba de la represión política exactamente, sino de otra cosa, de la infancia quizá.

Seguramente me lo dijeron, aunque la verdad es que ni siquiera recuerdo por qué decidió mi madre quedarse en La Bolivia. Enterramos a mi padre aquí, en el cementerio de Montaña, y luego ella se instaló en la Casa Grande, sola, aislada, una pobre vieja cuya hija iba dando tumbos por el mundo y que casi nunca le escribía o venía a verla. En fin. Supongo que te das cuenta de que, en cierto modo, me siento culpable.

Luego ella también murió. En abril de 1978, cuando hacía dos años que yo había renunciado a la militancia activa y trataba de reordenar mi vida. Después de su muerte volví a la universidad, acabé la carrera y empecé a colaborar en la cátedra de Paleografía. Los viejos colegas de mi padre me prestaron su ayuda y así, sin que ninguno de ellos dos pudiera verlo, me labré un futuro del que seguramente se hubieran sentido terriblemente satisfechos.

A veces me pregunto qué hizo mi madre durante los últimos años que pasó en La Bolivia. Me la imagino en este cuarto, sola, tumbada sobre su cama de viuda y mirando el techo con aire ausente. Quizá bajaba en los días soleados por el camino de las adelfas hasta el embalse, quizá Águeda

viniera de visita algunas tardes... Pero todo ese tiempo... Esos días, esos meses... esos años.

¿Por qué guardó las viejas zapatillas de mi padre? ¿Por qué siguen aquí después de tanto tiempo? ¿Es que a todos se nos olvidó tirarlas? Ni siquiera sé cómo han desaparecido la ropa y los efectos personales de mi madre, yo conservo algunas cosas, las tengo guardadas en una caja en el trastero de mi casa, pero nunca las he sacado de ahí. Creo recordar que fue Águeda quien se deshizo de los trastos inútiles. Quizá un día de estos me acerque al cortijo para preguntarle si sabe algo de esas zapatillas. También quiero que me cuente cómo fueron los últimos años de mi madre. He construido una especie de territorio impreciso en torno a ella y noto que hay demasiadas cosas que ignoro.

Quizá por eso he permanecido durante toda la tarde en su dormitorio. Creo que las habitaciones donde uno duerme se quedan impregnadas por alientos y olores, suspiros, llantos silenciosos que se desvanecen en la oscuridad... Todo ese mundo secreto que rodea los sueños. Pero no he conseguido percibir nada. Y sin embargo, cuando ya me iba a marchar, he visto algo en lo que al principio no había reparado: sobre el cabecero de bronce ha quedado la huella de un cuadro que alguna vez debió de estar allí y que, por más que lo intento, no consigo identificar. Sé que no se trata de una imagen religiosa, mis padres no creían en esas cosas, pero he intentado hacer memoria y no recuerdo qué pudo haber allí. A veces el olvido nos juega esas malas pasadas.

Durante un buen rato me he quedado frente a ese espacio vacío. El resto de la pared ha adquirido con el tiempo un color grisáceo y sucio, pero el hueco en el que estaba el cuadro conserva un bonito tono azul pastel. Es como una ventana falsa. Por mucho que te asomes, nunca puedes ver nada. Entonces me he dado cuenta de que mi vida entera está llena de cosas como

esa, huecos cegados donde solo habita el silencio. Son espacios imaginarios que siguen existiendo en algún lugar de mi mente, ni siquiera soy capaz de explicarlo, pero tengo la impresión de que no se pueden rellenar con nada que no sea su contenido original. El hueco de este cuadro solo se puede tapar poniendo sobre la pared uno de superior tamaño, pero aun así, cada vez que lo movamos para quitarle el polvo, veremos que está en un sitio que no es el suyo. Como mis padres y yo, que estábamos en una casa llena de marcas de otra gente. Creo que el día en el que abrimos la habitación cegada nos apropiamos de un espacio que no era nuestro.

El diario de Pérez Clavijo... ¿Sabes que mi padre nunca acabó aquel trabajo? He sido yo, muchos años después, la que ha conseguido hilvanar toda la historia. Lo he hecho sin pasión, como uno de esos deberes que nos pone la vida, no sé cómo explicarme, verás, sucedió poco a poco, el diario me fue siguiendo de casa en casa cuando ellos murieron, al principio no quería abrirlo, de hecho lo tuve guardado con los otros trastos durante cinco o seis años y un buen día, cuando estaba haciendo la enésima mudanza, me dio por sacarlo de la caja y colocarlo sobre un atril de pie que uno de mis novios me había regalado. Pensé que quedaría bien desde el punto de vista decorativo, aquel viejo manuscrito con su letra picuda y sus manchas de humedad comiéndole los bordes, todo el mundo que entrara en la habitación se daría cuenta inmediatamente que yo era una verdadera profesional, no la hija de Agustín Salazar, no alguien que se dedica a la Paleografía por un simple azar de la vida, el diario me legitimaba como una persona que dispone de otros recursos. Lo puse en el despacho solo por eso. Pero luego empezó una especie de diálogo soterrado entre el manuscrito y yo. Lo había dejado abierto por una de las páginas ilustradas, un dibujo precioso con las veintiocho fases lunares dispuestas en círculo y unas tablas de cálculo en forma de espiral en el interior. Una tabla reproducía las fases crecientes y la

otra, cuyas espirales iban en sentido inverso, representaba las fases decrecientes de la luna. Todas esas pequeñas lunitas tenían ojos, nariz y boca. Era un trabajo minucioso y, en cierto sentido, poético. El autor de aquel dibujo había puesto especial interés en que cada una de las lunas tuviera una expresión distinta y les cambiaba el tamaño de los ojos, la nariz, o la distancia entre esta y la boca. A veces las hacía mirar de lado o les ocultaba una parte del rostro con una masa de oscuridad que iba aumentando gradualmente, pero, aun así, los estrechos gajos de luna visible conservaban sus facciones de una forma asombrosamente nítida. Era un dibujo fascinante por la complejidad y la sencillez que desprendía. Bueno, pues como te decía, dejé el libro abierto por esa página en el atril, no lo tocaba, simplemente de cuando en cuando me acercaba y miraba embelesada el dibujo. Al principio me recordaba a La Bolivia y me sacudía por dentro como uno de esos olores del pasado que te devuelven de pronto tus historias personales; pero luego, a medida que pasaban los meses, ese efecto se fue difuminando y de pronto, un día, decidí que era hora de cambiar la página. Cogí el manuscrito con una mano, sin separarlo del atril, y fui pasando las hojas con la otra. Creí que buscaba una ilustración nueva, quizá uno de esos atanores antropomórficos que Pérez Clavijo dibujaba tan bien, pero la verdad es que me fui fijando en algunos párrafos al azar y sentí una extraña familiaridad con aquel texto, como si pudiera leerlo sin demasiado esfuerzo. Algún tiempo más tarde revisé las notas de mi padre y quise continuar su trabajo. No quedaba mucho que hacer, es cierto, pero aun así la edición anotada del diario me llevó más de dos años.

Publiqué ese trabajo en 1989. Fue un acontecimiento que cambió mi vida profesional. Empezaron a llamarme para asistir a congresos, seminarios, incluso pronuncié la conferencia inaugural en un multitudinario homenaje que dedicaron a mi padre en la Universidad de Méjico. Nadie ha sabido

nunca que esa complicada investigación se fraguó en los lejanos días de La Bolivia, cuando yo era solo una niña que trataba de descubrir los misterios de la vida.

Realmente nada ha cambiado demasiado. Sigo queriendo entender. Ahora estoy mirando un trozo de pared y pienso en todos nosotros. Mi madre dormía en esta habitación a la que le falta un cuadro. ¿Qué soñaba? ¿Qué pensaba antes de que el sueño la rindiera cada noche? Nunca se lo pregunté y ahora las palabras que no dije, las respuestas que ella no pudo darme, son como esa huella en la pared: un espacio vacío que nunca conseguiré volver a llenar. Es curioso. En el lugar en el que estuvo el cuadro, la pintura tiene otro color, parece más nueva, como si algo la hubiera estado protegiendo del deterioro. Quizá ella también pretendió protegernos, pero la verdad es que no lo consiguió.

En fin, así pasó el invierno, entre dudas, rencores y sospechas. A principios de junio cumplí quince años. Mis padres me regalaron unos pantalones y una blusa camisera. Eran unos pantalones de gabardina, ajustados, con bolsillos laterales. La blusa era de color marfil y tenía pinzas para realzar el busto. Lo recuerdo perfectamente porque fueron las primeras prendas de mujer que tuve y me hizo muchísima ilusión mirarme al espejo y comprobar que me había transformado en otra cosa, ya no era la niña que corretea por el jardín con un vestido de percal, tenía quince años y me sentía como la libélula que acaba de dejar la crisálida prendida de un árbol.

Para celebrarlo nos fuimos por la mañana temprano a Granada y pasamos el día en la ciudad. Fue muy extraño ver a mis padres cogidos de la mano por los jardines del Generalife, como una pareja de novios, y luego demorarse en los patios y en las estancias nazaríes, parecían tan jóvenes de pronto, se miraban a los ojos y mi madre escuchaba embelesada las explicaciones de mi padre, porque él parecía saberlo todo, era el mejor guía,

incluso recuerdo que nos descifró una de esas escrituras ornamentales que se ponen alrededor de los arabescos, era una frase del Corán y estaba esculpida en caracteres cúficos, pero he olvidado lo que significaba. En cambio, me queda el recuerdo de la luz, dorada y suave, y el olor dulzón, que penetraba a través de los corredores umbríos y llenaba los sentidos de algo que se parecía a las promesas o a los buenos augurios. Era el día de mi cumpleaños. Estaba lejos de la finca y mis padres aparentaban ser realmente felices. Te juro que hubiera dado algo por prolongar ese instante. Cuando la gente me pregunta cuál fue el día más feliz de mi vida siempre pienso en aquel 3 de junio, cuando cumplí quince años. Muchas veces me siento triste, o sola, sobre todo por las noches, y entonces me sumerjo en el recuerdo de ese maravilloso día y dejo que una corriente liberadora arrastre mis preocupaciones y mis miedos hasta el lugar oculto en el que habita el miedo. Es así como ahuyento los terrores, recordando a mis padres, todavía jóvenes, cogidos de la mano por la Alhambra, mientras el aire esparce a nuestro alrededor una fragancia de flores blancas.

Hubo algo, sin embargo. Una anécdota que aparentemente no tiene ninguna importancia, pero que en esos momentos estuvo a punto de dar al traste con el clima de felicidad que habíamos conseguido al alejarnos durante unas horas de La Bolivia. Cuando íbamos a coger el coche, lo habíamos dejado cerca de unos soportales donde había un horno de pan, nos cruzamos con un hombre. Era un individuo bajito, cetrino, con un traje gris y un brazalete negro cosido sobre la manga. Salía de la tahona y llevaba una barra de pan en la mano. Nos miró unos instantes, como si estuviera tratando de hacer memoria. Mi padre debía de haberlo reconocido ya, porque apretó el paso y bajó la vista, tratando de pasar desapercibido. Y de pronto, cuando íbamos a rebasarlo, el hombre se nos plantó delante con un

gesto que parecía demasiado premeditado para ser casual, y mirando a mi padre de abajo arriba, exclamó:

—¡Caramba, Salazar! ¿Usted no estaba muerto?

Hasta yo pude darme cuenta de que aquello no era exactamente una pregunta. Una vez en el coche le pregunté a mi padre quién era aquel individuo tan siniestro y él balbuceó unas cuantas ambigüedades para terminar diciendo:

—Por gente así nos marchamos de este país. Pero ya no estoy dispuesto a volver a hacerlo.

A partir de ese día se espaciaron los viajes a la capital. Mi padre se olvidó de los archivos y se enfrascó en sus notas. Se pasaba el día encerrado en el despacho, manoseando el diario de Pérez Clavijo como si terminar aquel trabajo fuera una revancha que necesitaba para recuperar la dignidad.

Luego vino el calor. Esos primeros calores del verano que hacen brotar los hibiscos como trompetas rojas y que llenan el campo de olores ásperos. Y una tarde, cuando paseaba con la bici por las calles de Gayol, la estanquera me llamó:

—Tengo una carta para tus padres.

Su cara tenía la misma expresión obscena que yo había visto en su hija cuando me llevó al corral de los caballos. Por un instante pensé que aquella mujer había leído la carta mucho antes de que ninguno de nosotros supiera siquiera que existía.

—Viene del extranjero —dijo sacándosela con mucho misterio del bolsillo del delantal.

La retuvo unos minutos en su mano, moviéndola de izquierda a derecha, como si no quisiera dármela, hasta que me harté, dejé la bici en el suelo y se la arrebaté sin miramientos. Antes de que me fuera, todavía preguntó con descaro:

—Oye, chica, ¿es que van a venir este año los ingleses?

Pero yo pedaleaba cuesta arriba en dirección a La Bolivia. «¿Van a venir este año los ingleses?», repetía mi corazón una y otra vez, «¿Van a venir este año los ingleses?», un repecho, una curva, el sendero de gravilla, «¿Van a venir este año los ingleses?», la pérgola de las glicinias, el suelo cuajado de pétalos secos que salían volando a ambos lados de las ruedas, «¿Van a venir este año los ingleses?», y la puerta entornada de la casa, el corredor de losetas rojas y blancas, la escalera, el corazón a punto de salirseme por la boca mientras aguardaba impaciente a que mi madre abriera la carta.

—¿Van a venir este año los ingleses?

—Parece que sí —respondió mi madre al fin.

Ella también estaba contenta. Corrí escaleras arriba hasta el despacho de mi padre, con la carta en la mano, jadeante, y entonces fui yo quien lo dijo:

—Papá, Douglas y Helen van a venir.

—¿Cuándo? —preguntó él, levantando la vista sorprendido.

Cuándo, cuándo, le tendí la carta, y otra vez la espera, cuándo, mi padre se acercó a la ventana, cuándo...

—Dentro de diez días —murmuró mientras leía la misiva—. Hay que ir a recogerlos a Granada.

Y entonces fui a mi cuarto, abrí el armario y me probé los pantalones de gabardina, soñando que no era yo, no la misma, otra yo posible, recuerdo que me miré en el espejo, sonriendo como una tonta y pensando que aquel verano todas las libélulas del mundo podían emprender el vuelo antes de que un pájaro se las comiera.

Tú no lo sabes, pero los días previos a vuestra llegada fueron agotadores. Adecantamos la casa, preparamos las habitaciones, mi padre limpió la hojarasca del jardín y una mujer de Montaña vino para ayudarnos a encalar las paredes. Una mañana, cuando solo quedaban cuatro días, mi madre me

llamó. Estaba en una de las habitaciones de invitados y miraba la cama con aspecto preocupado.

—¿Crees que estos colchones serán cómodos? Hace mucho que no se ahueca la lana.

Me enterneció verla pendiente de un simple problema doméstico, porque esa parte práctica de mi madre es algo que siempre me tranquilizaba, quizá era a causa de ese otro aspecto indeterminado que había en su personalidad; el caso es que cuando la veía ocuparse de las cosas cotidianas era como si los fantasmas se alejaran, y aquel riesgo, el peligro del caos que yo siempre pensaba que podía provocar con sus rarezas, desapareciera de pronto. Todos los hijos desean abrigar certezas respecto a sus padres. Si no las tienen se las fabrican, pero la seguridad es fundamental para el crecimiento de los seres humanos. Necesitamos figuras claras, modelos que tengan límites y nos los transmitan, en una palabra, seguridad de que no va a pasarnos nada malo. Con mi madre no siempre se podía tener esa certeza. Por eso, cuando la veía controlar el mundo doméstico, y eso hay que reconocer que lo hacía bastante bien, me sentía tan a gusto que deseaba prolongar ese instante hasta el infinito.

—Estoy pensando en deshacerlos.

Se refería a los colchones.

—Si quieres te ayudo. ¿Qué hay que hacer?

Parecía dudar.

—Me da un poco de pereza, ahora que lo tenemos todo listo, pero creo que será lo mejor. Mira, voy a descoser las fundas y tú acércate al cortijo de Los Llanos y pregúntale a Águeda si puede venir a ayudarnos. Ah, y que se traiga unas varas de avellano.

No había vuelto a ver a Águeda desde aquel día en que vino a la Casa Grande y yo me porté como una estúpida. Cuando pensaba en ello me

sentía profundamente avergonzada. Ahora tenía una buena ocasión para disculparme.

Esta vez no fui por el camino del embalse. Cogí la bici, tomé la carretera de Montaña y me desvié a unos dos kilómetros, por una pista de tierra que llevaba directamente a su casa. Era un trayecto largo, pero bastante más cómodo. Cuando llegué, los perros empezaron a ladrar y, antes de que atravesara el portón, salió Águeda a ver qué pasaba. Llevaba una bata de flores y un delantal con el que se frotaba las manos. Vi la preocupación escrita en su rostro.

—¿Ha pasado algo?

—Vamos a varear la lana. Dice mi madre que si puedes ayudarnos.

Águeda sonrió. Su rostro anguloso se distendió como si un negro presagio se hubiera esfumado de repente.

—Claro que puedo —respondió quitándose el delantal—. Vuelve a la casa y dile que estaré allí en menos de una hora.

Seguramente vino por el camino del embalse, porque apenas nos dio tiempo a extender unas viejas arpilleras frente a la explanada y volcar allí la lana de los dos colchones. Águeda llegó con su viejo mono de trabajo y la gorra. Traía en la mano dos largas varas que terminaban en un pequeño arco. Primero golpeamos la lana del más grande. Los vellones apelmazados se elevaban en el aire, sostenidos durante unos breves segundos en la curvatura de la vara de avellano, y luego caían sobre el montón de lana súbitamente engrandecidos, esponjados, como si fueran más blancos y suaves. A cada golpe, salía del montículo un polvillo amarillento que se nos pegaba a la ropa y al pelo. Luego, al cabo de algún tiempo, cuando la lana extendida apenas cabía dentro de la arpillera, mi madre metió una horca de madera y sacó a la superficie los trozos que permanecían en el fondo, pesados y sucios como el manto invernal de las ovejas. A fuerza de golpes

duplicamos el volumen de los colchones. Cuando los cosíamos, Águeda murmuró:

—El inglés va a dormir como un marqués en esta cama que le hemos preparado. Seguro que sueña cosas muy hermosas.

Luego se acercó a mi oído y añadió:

—Si quieres saber lo que piensa una persona, no tienes más que poner bajo su almohada el corazón de una abubilla. Cuando despierte te dirá todo lo que quieres saber.

¿Sabía Águeda lo que yo deseaba oír? Creo que sí. Lo sabía mucho mejor que yo.

No puse el corazón de una abubilla en el interior de tu colchón, pero la idea siguió rondándome por la cabeza durante algún tiempo.

Y llegó el momento de verte de nuevo. Esa noche no pude dormir. Hacía calor y las chicharras rasgaban la noche como notas estridentes de un instrumento mal afinado. Recuerdo que estaba en la cama, era muy tarde, mi corazón latía con tanta fuerza que a veces me impedía respirar. He sentido esa misma sensación otras muchas veces, es como un peso que me oprime la caja torácica, y tengo que soltar el aire con fuerza para conseguir detener ese ritmo infernal. Pero aquella noche no podía pararlo. Encendí la lámpara y miré el reloj. Eran las dos y media.

Sin pensar muy bien lo que hacía, me levanté y me planté delante del espejo. Creo que necesitaba comprobar que la infancia, cuyos estertores definitivos vivimos durante aquel verano del 67, había quedado atrás. Me quité el camisón. Desnuda, parecía realmente una mujer. Mis pechos eran pequeños y mostraban cierta tendencia a ladearse hacia las axilas. Con ambas manos los junté, buscando ese aspecto protuberante que tiene el escote de las mujeres mayores, pero no fui capaz de saber si el resultado era satisfactorio. Quizá todavía no habían crecido lo suficiente. Luego saqué del armario un bañador que me había comprado esa misma tarde en Gayol, en la mercería de una mujer que llevaba el pelo teñido de rubio platino. Decían que era la amante de un hombre casado y que algunas personas querían echarla del pueblo, pero a ella no parecían importarle los comentarios de la gente. Siempre estaba en la puerta de la mercería riéndose y hablando con los que pasaban por la acera, sobre todo con los hombres, que le gastaban bromas en voz alta. Cuando le pedí un bañador, me preguntó la talla de sujetador y, como no supe qué decir, cogió una taza que tenía junto al metro y me la plantó sobre una teta. Yo me ruboricé hasta las

cejas, pero ella me explicó que ese era el sistema que se utilizaba en los comercios y que nunca fallaba.

—¿Ves? Ahora ya sabemos que tu talla es la 85. Te voy a sacar el último modelo de biquini que me han traído. Si vas a ir a la playa, te recomiendo un biquini. Es lo que se lleva.

Yo me había hecho la firme proposición de bañarme en el embalse, pero un biquini me parecía demasiado sofisticado en aquella época. Le dije que prefería un bañador. La mujer sacó varios modelos y los extendió sobre el mostrador. Había uno muy bonito, de rayas azules, con una sobrefalda, pero la mujer dijo que las rayas transversales engordan la figura y que no me lo recomendaba.

—Te hará parecer mayor.

No me atreví a decirle que era justo eso lo que necesitaba: parecer una mujer y que todos fueran conscientes de ello.

—Mira, este es muy juvenil.

Era un modelo elástico, por detrás parecía un bañador y por delante dejaba al aire casi toda la cintura. Dos tiras en forma de aspa cruzaban el ombligo y unían la parte de arriba con la de abajo. No era exactamente un biquini, pero se le parecía bastante.

—Pruébate —dijo la mujer, mientras abría una cortina que daba a la trastienda.

Me lo puse. Me sentaba bien, pero aplastaba ligeramente el pecho. Cuando se lo dije, la mujer soltó una carcajada y abrió la cortina.

—Es que las jovencitas no sabéis sacar partido a lo que Dios os ha dado. Mira, tienes que ponértelo así.

Metió las manos dentro del escote y me cogió ambos senos con fuerza, elevándolos ligeramente sobre el refuerzo de foam. El aspecto del bañador cambió completamente.

Sentí una vergüenza tremenda al notar las manos de aquella mujer tirando mis dos pechos hacia arriba, quería salir del probador cuanto antes, irme a casa con ese bañador o con otro cualquiera, me daba igual. ¿Has sentido alguna vez que tu imagen, la que quieres dar, no es la imagen que los demás tienen de ti? Yo quería empezar a ser una mujer, quería comportarme como tal, pero todos me trataban como si todavía fuera una cría.

La dueña de la mercería se quedó unos minutos dentro del probador. Me parecía espantoso tener que desnudarme delante de ella, pero no me atrevía a echarla. Entonces ella se me quedó mirando mientras me desvestía y dijo sin el más mínimo asomo de pudor:

—Siempre he tenido la curiosidad de saber si las pelirrojas tenéis el pelo de ahí abajo del mismo color que el de la cabeza.

Me hubiera gustado morirme allí mismo. Pero me quité el bañador, pagué lo que la mujer pedía y me fui a casa corriendo.

Ahora estaba ante el espejo contemplando ese trozo de mi cuerpo que siempre ha despertado en los demás demasiadas expectativas. A los hombres les gusta fantasear con mi vello púbico, sobre todo al principio, cuando se inician los primeros escarceos. Siempre se les llena la boca de palabras como «fuego», «pasión», algunos incluso hablan de un volcán a punto de estallar. Todo pura fantasía. He sido más bien fría en mis relaciones amorosas. Supongo que tarde o temprano todos, sin excepción, se han sentido defraudados.

Pero entonces todavía no había ocurrido lo que me convirtió en esta mujer temerosa y distante. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no he podido nunca entregarme, abandonarme en los brazos de un hombre, y dejarme cuidar por él? Me gustaría. Lo pienso algunas veces, cuando hablo con mis amigas, cuando voy por la calle y veo a una pareja besándose, demorados en una

esquina, el cuerpo de él tenso, urgente, el de ella curiosamente ondulante, elástico, como si fueran dos partes independientes que están modificando su estructura molecular para acometer una profunda transformación y convertirse en una sola cosa. Esa visión romántica me hace daño porque es algo que los demás tienen y yo no puedo conseguir.

Te preguntaré cómo han sido entonces mis relaciones con los hombres. No te voy a ocultar que he tenido muchos amantes, seguramente más de los que serían convenientes. Algunos me han durado un suspiro. Otros, unos pocos meses, el tiempo justo del cortejo. Hasta ahí todo va bien. Soy una buena simuladora. Luego la maquinaria chirría cada vez que intentan integrarme en sus vidas o pretenden meterse en la mía. ¿Por qué me sucede esto? Es algo que tiene que ver con la desconfianza emocional, pero también con otra cosa más amplia, una especie de imposibilidad física, es como si nadie pudiera ocupar un hueco que ya está ocupado.

La verdad es que nunca he vuelto a sentir lo que sentía aquella noche, desnuda, ante el espejo, viendo un cuerpo que era el mío y que, sin embargo, me parecía tan nuevo y extraño como si se tratara de una alucinación. Fantaseaba contigo, pensaba en las palabras que ese cuerpo podía impulsarte a decir, en las caricias que se nos podían escapar mientras buscábamos la forma de acercarnos el uno al otro, cómplices de unos juegos que ya no podían ser solo chupar la sangre de un hombro arañado o bañarse desnudos en la suave quietud del embalse. El deseo. Ese deseo impreciso que me ocupaba toda la cabeza, el pecho, el vientre, las piernas y el corazón.

Recuerdo haber estado un buen rato allí, con el bañador en la mano, mientras contemplaba mis pechos y el vello anaranjado del pubis como algo que no es del todo real, algo que le pertenecía a la mujer improbable que aún no era, y entonces presentí que no estaba del todo sola, quizá oí un

ruido en el exterior, el caso es que me acerqué a la ventana convencida de que había alguien observándome. Abrí el postigo justo en el momento en el que una sombra se deslizaba hacia el lateral de la casa.

Nunca he estado tan segura de algo. No me lo imaginé. Cuando desperté a mis padres estaba realmente asustada. Ellos se empeñaron en convencerme de que había sido una pesadilla, quizá un perro escapado del pueblo o un caballo sin dueño, pero aun así mi padre durmió en mi cuarto y yo pasé el resto de la noche acurrucada junto a mi madre, en esa habitación a la que ahora le falta un cuadro. Por la mañana, antes de ir a Granada para recoger a los ingleses, encontré una colilla aplastada contra el muro de la casa, justo debajo del alféizar de mi ventana. No les dije nada. ¿Para qué? Estaba convencida de que esa colilla pertenecía al misterioso visitante nocturno con el que mi madre mantenía una relación clandestina. No pensé que tuviera nada que ver conmigo y, además, si abría la boca solo iba a conseguir que mi padre sufriera.

Los ingleses llegaron en el tren de las doce y media. Richard y yo nos saludamos con torpeza, creo que ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer. Él también había cambiado. Estaba más alto y llevaba una americana azul sobre los hombros. Le habían puesto gafas y sus ojos azules parecían enormemente grandes a través de los cristales.

—Vamos, chicos —dijo alguien—. ¿Es que no pensáis daros un beso?

Fue Helen la que nos empujó al uno contra el otro. Mi mejilla rozó la mejilla de Richard, no sabía qué decir o cómo comportarme, y recuerdo que aquello me parecía espantosamente antinatural. Quizá fue ese pequeño atisbo de vergüenza mutua lo que nos hizo tener conciencia de lo que estaba pasando. Luego todo fue encajándose paulatinamente. Solo había que dejarse llevar. La Bolivia nos envolvió con una especie de manto invisible, algo que tenía que ver con las vacaciones y el verano, con el calor; y

aquella dejadez misteriosa fue derritiendo mis ansiedades hasta dejarme sumida en un maravilloso sueño del que nunca he deseado despertar del todo.

Hay algo en los veranos, algo especial que trasciende al tiempo, que lo detiene sobre sí mismo como si todo fuera eterno e inmutable. ¿Por qué pienso siempre que todos los veranos de mi vida están conectados entre sí? Tienen un único rostro, un extraño olor que los convierte en algo distinto, singular y estimulante. Me he preguntado muchas veces dónde radica su magia, por qué, esté donde esté, cuando llega el calor siento siempre esa fascinante sensación atemporal. Como entonces, ahora desaparecen las sombras, el dolor, las preocupaciones, llegan la calma, la pereza, la capacidad de ver las cosas desde un ángulo distinto, menos urgente, menos atribulado y, quizá por eso mismo, mucho más esclarecedor. Entonces pienso que aún puedo ser feliz.

Sí, querido Richard, el verano es el tiempo de la felicidad. Así fue para nosotros, para mis padres y para mí. Porque no sabes lo felices que nos sentíamos cada año cuando llegaban los ingleses. Era como si le quitaran el techo a nuestra vida. El aire entraba a borbotones y la angustia se iba, se evaporaba, como si fuera humo. Los ingleses. Grandes, inquietos, alegres, siempre en movimiento, siempre disfrutando de todo lo que hasta ese momento parecía triste, mezquino, apagado. Cuando ellos llegaban las cosas sufrían una repentina transformación, brotaban las plantas, nacían las tortugas y las luciérnagas sobrevolaban las laderas del mirador como largos suspiros que se nos escapaban por la boca.

La verdad es que tus padres eran estupendos. Y parecían disfrutar el uno con el otro. Solían reírse mucho, se tocaban, se acariciaban delante de todos, y se miraban abiertamente a los ojos, prestándose esa inconfundible atención que se dispensan las parejas felices. No eran obscenos, pero

desprendían una sensualidad limpia y en cierto sentido sólida. Era algo que casi se podía tocar. Yo solía observarlos. No sé por qué. Quizá porque desprendían aquel aire de libertad tan gratificante. En las mañanas calurosas de julio, cuando el sol apenas levantaba dos palmos sobre la línea del horizonte, se veía un par de figuras largas, blanquecinas y desnudas, correr por el embarcadero y saltar al agua. Tus padres siempre se bañaban desnudos, pero tenían la deferencia de no hacerlo delante de nosotros, elegían esa hora silenciosa en la que todavía nadie se había levantado de la cama y, si acaso, la hora de la siesta, cuando el calor nos obligaba a todos a permanecer en las habitaciones o entre las sombras del jardín.

Recuerdo haberlos visto alguna vez. Sus risas me despertaban. Se mezclaban con la algarabía matutina de los cientos de pájaros que acudían a los tilos y a las catalpas. Sonaban a lo lejos, como si fueran el eco de algo que sucedía a muchos kilómetros de allí. Luego, cuando uno junto al otro se deslizaban nadando por la superficie nacarada del embalse, me sentía feliz, igual que aquel día, cuando te vi por primera vez, y así, confiada y sonriente, me volvía a acostar. Era una sensación recurrente, como de confirmación. Los ingleses estaban aquí. Las voces, las risas y la alegría habían entrado nuevamente en La Bolivia y a mí me gustaba volver a dormirme acurrucada sobre esa reconfortante certeza.

La primera noche no pudimos cenar en el jardín. Cayó una tromba de agua cuando ya habíamos extendido los manteles y sacado las velas que mi madre había comprado en Gayol. Pero aun así sentí que volvía la magia, la alegría, y que, sobre las voces de aquellos estrafalarios visitantes, se elevaba lo que Águeda había llamado el «eco de la felicidad».

Recuerdo que cenamos en la cocina. Teníamos las ventanas abiertas de par en par, porque el bochorno se había colado en la casa a pesar de que fuera llovía con saña. El agua chorreaba desde los aleros y sacaba pompas como puños en la tierra del jardín. Estábamos contentos. Parecíamos una familia que se ha reunido después de mucho tiempo para una celebración.

Todos hablaban a la vez, mis padres, tus padres, las palabras iban y venían entre platos de comida y jarras de vino. Tú y yo aparentábamos estar relajados, pero al menos a mí los nervios me consumían por dentro. Y de pronto Helen dijo:

—Richard, querido, ¿ya le has dado su regalo a Irene?

Hasta ese momento me había sentido algo decepcionada, parecías tan distante, tan frío, tan diferente del Richard que yo recordaba... Y resulta que tenías un regalo para mí.

—Es algo muy especial —añadió tu madre inclinándose hasta que sus inquietantes ojos azules se clavaron en los míos—. Se ha pasado todo el invierno haciéndolo.

Te acompañé a tu habitación. El corazón me latía con tanta fuerza... Al principio, cuando encendiste la luz, no vi nada, pero luego miré hacia el hueco que había entre el armario y la ventana, y lo vi apoyado sobre una silla. Era un cuadro pintado al óleo. Representaba el embalse, el embarcadero y la figura de una muchacha con el pelo rojo y un vestido de tirantes, el mismo que llevaba yo aquel día en el que fuimos a ver a Águeda

y me enredé con las zarzas. La figura estaba sentada sobre las tablas del embarcadero, con los pies colgando. El agua era verde, con pequeñas manchas de espuma, y en la orilla había una tortuga pequeña que salía de un hoyo. Al fondo, bajo el cielo de color añil, se veía el peñón, que realmente nunca estuvo ahí, y en primer término, a la derecha, unas cuantas adelfas de un fucsia encendido.

—¿Te gusta?

Helen estaba en la puerta, acompañada de mis padres. Indiqué que sí con un gesto.

—¿Has visto el pie, con el zapato colgando, que parece que se balancea? Esa impresión de movimiento le costó varias semanas de hacer y rehacer.

—Y mira las flores —dijo mi madre acercándose al cuadro—, parecen de verdad.

Richard sonreía con naturalidad, pero yo me sentía confusa. Durante todo un año habías pensado en mí, habías recordado mi pelo, mi vestido, el lugar en el que estuvimos solos por primera vez... Tú no lo sabes, pero ese cuadro es mi tesoro más preciado. La gente guarda cartas de amor, un mechón de pelo, un disco... Yo solo tengo una cosa tuya y es ese cuadro. Está colgado en una de las paredes de mi dormitorio, la más próxima a la cama, de modo que pueda verlo nada más abrir los ojos. No me gusta que nadie más lo mire, no me gusta que la gente pregunte, ni opine, no quiero que nadie meta las manos ahí.

Recuerdo que todos volvisteis abajo y que yo me llevé el cuadro a mi habitación. Al cerrar la puerta y quedarme a solas, me eché a llorar. Era feliz, inmensamente feliz, y sin embargo no podía contener las lágrimas. Cuando regresé a la cocina estabais hablando de algo que tenía que ver con los hermanos de mi madre.

—Pero no podéis consentir eso —decía Douglas—. Una herencia es una

herencia. Y al fin y al cabo, tú mismo has dicho que la casa nunca valdrá los que valen las tierras que se quedaron ellos. ¿Por qué reclaman si en el reparto la más perjudicada ha sido Teresa?

—Porque creen que escondemos un tesoro o algo así —respondió mi padre.

—¿Qué clase de tesoro?

—No sé, nunca he conseguido que nos lo dijeran. No quieren vernos, han rechazado todas las entrevistas que les he propuesto. Solo se atreven a amenazarnos de manera indirecta. Y Teresa tiene miedo. Son unos salvajes.

Había dejado de llover, por las ventanas abiertas entraba un penetrante olor a tierra mojada y los grillos alborotaban el aire como pequeños alfileres clavándose en el corazón del silencio. Richard me propuso salir al jardín, pero yo quería seguir escuchando.

—Vete con él —dijo mi madre.

Su expresión era tan firme que no fui capaz de insistir. Además, en aquellos momentos la idea de quedarnos a solas era más poderosa que la curiosidad.

Seguramente fue entonces cuando se lo contó. Si hubiéramos seguido allí, creo que muchas de las fantasías que mi mente albergaba se habrían colocado en su justo lugar, pero tú y yo teníamos en ese momento nuestras propias fantasías.

El jardín estaba oscuro. Los grillos seguían cantando y su estridente zumbido se mezclaba con el croar de las ranas que poblaban las orillas del embalse.

La tormenta había dejado grandes charcos aquí y allá, pero la tierra reseca absorbía con rapidez el agua que había caído del cielo. Junto a la casa, bajo los grandes aleros en los que anidaban las golondrinas, vi una de aquellas colillas. Todavía humeaba y supe de inmediato que el misterioso

visitante nocturno había estado allí, junto a la ventana de la cocina. En el barro se veían unas pisadas recientes que se alejaban hacia el camino de gravilla. Richard también las vio.

—Ha venido alguien —exclamó mirando las huellas—. Pero es muy raro, no ha llamado. ¿Quién sería?

No quería hablar con él de ese tema. ¿Qué iba a decirle? Mi madre tiene un amante que por las noches nos espía, mi padre no sabe una palabra, solo Águeda, que es su aliada, entre las dos intentan mantenerlo oculto a los ojos de los demás, pero yo lo he descubierto, y no me atrevo a preguntar porque no sé lo que hace mi madre con ese hombre, y tengo miedo de que una noche la venga a buscar, la monte en su caballo y se la lleve para siempre.

—Habrá sido Águeda —dije—. Ya sabes que le gusta hacerse la misteriosa.

—No sé —murmuró Richard, pensativo—. Parecen pisadas de hombre. Águeda no puede tener los pies tan grandes.

—Pues habrá sido su hermano —respondí con impaciencia—. Son unos fisgones.

Richard me miró desaprobando mi contestación. No le gustó que hablara así de Águeda y de Paco. Sé que le caían bien, pero no dijo nada, solo me miró de aquella manera sorprendente, como si no esperara eso de mí. Tenía razón. Nos quedamos en silencio, un silencio tenso que se había instalado entre los dos y que destruyó de improviso las expectativas de aquella primera noche. Si en algún momento había abrigado la esperanza de que Richard me confesara su amor, estaba claro que no iba a ser entonces.

Algo se había roto. Ofuscada y al mismo tiempo con cierta amargura por lo que consideraba un trato injusto, me di media vuelta y volví a la casa.

Mi madre estaba llorando. Mi padre tenía el gesto torcido y en su rostro aparecía una mueca de contrariedad que nunca antes le había visto, ni

siquiera aquel día que fuimos a Granada y nos encontramos con el hombre que se extrañó porque no estuviera muerto. No sabía lo que podía haber pasado. Helen y Douglas también parecían muy tensos. Cuando Richard entró, se despidieron y se fueron a dormir. Mi padre me envió a la cama también. Se quedaron solos en la cocina. Subí a mi habitación, maldiciendo los enredos de mi madre que repentinamente habían estropeado el día más feliz de mi vida.

Pensé que, si me dormía pronto, todo aquello desaparecería como un mal sueño. Pero, cuando desperté por la mañana, mi padre se había ido con el coche a Gayol y mi madre parecía más preocupada que nunca.

Recuerdo que Helen insistió para que nos fuéramos a bañar al embalse. Parecía querer alejarnos de la casa. Cuando a Richard se le ocurrió que fuéramos a explorar las cuevas dijo:

—Muy bien, muy bien, podéis ir donde queráis.

Creo que vio el cielo abierto, de hecho ni siquiera preguntó a qué cuevas se refería.

Yo no quería ir. Necesitaba saber lo que estaba pasando. Pero luego pensé que Águeda podía aclarar aquel jaleo que nuestros padres se esforzaban tanto en ocultar.

Fuimos caminando por el embalse, hasta el cortijo de Los Llanos. El misterio del manuscrito seguía alimentando mis fantasías y no se me ocurrió otra cosa que hablarle a Richard de lo que había descubierto. Supongo que solo quería llamar su atención, interesarle, atraerlo hacia el universo oscuro y misterioso en el que había pasado el invierno.

—Creo que se trata de un tesoro o algo así.

Mi estratagema había dado resultado. A Richard le chispearon los ojos.

—A lo mejor es el tesoro del moro —dijo.

—No —respondí—. Es algo que tiene que ver con el libro y con esa mina

de plata de la que hablan. Vamos a preguntar a Águeda. Estoy segura de que ella lo sabe.

Cuando llegamos al cortijo, vimos a Paco ensillando su mula. Nos saludó con un gesto seco. Águeda había ido al pueblo y no volvería hasta la hora de comer.

—Vamos a ir a las cuevas —le dije.

—¿A las cuevas? ¿Para qué?

A Paco la idea no pareció gustarle en absoluto.

—No vayáis allí —dijo con semblante taciturno—. Para llegar al peñón hay que atravesar las tierras del litigio.

No lo sabía. ¿Qué tierras eran aquellas? Siempre pensé que esa parte de la finca era nuestra.

—Las tierras del peñón —dijo Paco—. Tus tíos las reclaman para ellos. Esos sinvergüenzas quieren quitarle a tu madre lo que es suyo.

—¿Por qué? —pregunté—. Esos terrenos no valen nada.

Lo había oído cien veces. Las tierras que rodeaban el peñón eran tan productivas como un nido de alacranes. Mi padre se quejaba siempre de eso.

Paco me miró, sacó la picadura del chaleco de pana y se puso a liar un cigarrillo. Esperé pacientemente a que siguiera hablando, pero cuando lo encendió se dio media vuelta y montó en la mula.

—No asoméis el hocico por allí. Ya os he advertido.

¿Por qué no hicimos caso de Paco? La inconsciencia es propia de la juventud, pero aun así teníamos que haber percibido el riesgo que se cernía sobre nosotros.

Fuimos por el camino que nos había enseñado Águeda. No vimos a nadie. Cuando finalmente llegamos a la cueva, estábamos sudorosos y excitados. La sensación de estar haciendo algo prohibido, el ligero hormigueo de la aventura, nos acercaba el uno al otro. Y entonces decidí contártelo todo.

Águeda me dio una vez un sobre para mi madre. Creo que en ese sobre había algo, un plano secreto o algo así, pero no lo he podido encontrar. No sé qué ha hecho mi madre con él.

Luego añadí resentida:

—A lo mejor se lo ha dado a su amante.

Richard me miró intrigado.

—Mi madre tiene un amante, ¿no lo sabías? —dije al borde de las lágrimas—. Se ve con él por las noches, la colilla que vimos en el jardín era suya. Viene muchas veces, siempre los oigo discutir, creo que él pretende que mi madre nos abandone.

Lloré amargamente, todas las lágrimas que no había podido verter con aquel turbio secreto devorándome las entrañas salieron al confesarte mis desdichas. Recuerdo que te expliqué el temor que asomaba a los ojos de mi madre, cuando hablaba de aquello con Águeda, y que te hablé con resentimiento de su complicidad. Tú me consolaste. Estábamos sentados en la sala de las calaveras, el frío calaba los huesos, y yo temblaba de congoja cuando me abrazaste. ¡Qué sensación tan reconfortante! Entonces te besé. Tenía lágrimas en los labios, pero tu saliva era dulce, sabía cómo la leche con canela, y olía muy bien. Ese beso... Me acercaba al territorio prohibido

de los adultos, era como estar cerca del pecado y, al mismo tiempo, tener una coartada. Mi amor era la coartada. Estaba profundamente enamorada y quería que entre tú y yo se crearan unos vínculos que nadie pudiera romper. Me quité la blusa. Me pareció que estabas un poco asustado, pero no me importaba, al revés, mi descaro iba en aumento y me sentía capaz de todo. Cogí tu mano y la puse sobre el sujetador. Luego metí tus dedos junto a los míos a través de la tela. Noté lo que te pasaba. Tus dedos se revolvían ansiosos y algo sucedía en la parte baja de tu vientre. Me deshice del sujetador y me tumbé sobre el suelo de piedra. La roca era lisa, como de alabastro, y estaba muy fría.

—Ponte encima de mí —dije.

Pensaba en mi madre. Seguramente eso era lo que ella hacía con su amante, pero en mi caso tenía que ser diferente: yo amaba a Richard con un amor verdadero, intenso y romántico. Mi madre era una traidora. Nos mentía a todos y mantenía relaciones con dos hombres a la vez. Los enamorados siempre piensan que sus sentimientos legitiman y dignifican lo que en los demás es censurable. En esos momentos me sentía muy valiente, capaz de todo. De hecho, creo que tú estabas más asustado que yo.

Pusiste tu cuerpo sobre el mío, completamente vestido, y apretaste suavemente la pelvis contra mi vientre. Me besaste los pechos que yo sentía palpitantes y con vida propia por primera vez.

Y entonces lo vi.

Un hombre pelirrojo. Estaba justo detrás de ti. Su rostro anguloso, súbitamente enrojecido, emitía un reflejo cruel, y sus ojos, pequeños y apagados, parecían burlarse de nosotros.

Al principio no pude gritar. Alguien te cogió con sus manos enormes y te levantó. Era un segundo hombre, moreno y barbilampiño, al que no había visto nunca.

—Quita chaval —dijo el pelirrojo con una voz pastosa y bronca—, esto ya lo acabamos nosotros.

Se desabrochó los pantalones de pana. Su miembro, pequeño y grueso, asomó como la más sucia de las amenazas. Entonces sí grité. Y te oí pelear inútilmente contra aquel otro desconocido. Sé que trataste de defenderte, pero el pelirrojo ya me había arrancado la ropa interior y buscaba un hueco entre mis muslos.

—Grita lo que quieras —dijo baboseándome el cuello—. Nadie te va a oír.

Tú me oías. Y me llamabas a gritos. De pronto sentí un dolor agudo, como un desgarró interior. El hombre empujaba dentro de mí. Y no te oí más.

Solo aquella voz que decía: «Te he visto desnuda una noche, pequeña zorra, vi cómo te mirabas en el espejo, eres igual que todas, pero ahora vas a tener tu merecido»; y de pronto la agitación cesó, un golpe seco y algo muy pesado que caía contra el suelo, y el hombre pelirrojo, que tenía que ser mi tío, siguió hablando sobre mi cuello, como si estuviera poseído: «Y tu madre también, ahora sabrá que no puede reírse de nosotros, nos tendrá que dar lo que le pedimos, porque, si no, te haré esto una y otra vez, puedes estar segura, te encontraré por los caminos o entraré en tu habitación cuando me dé la gana»; y tú Richard ya no peleabas, el silencio se había adueñado de la cueva de las Calaveras, los misterios se habían evaporado y yo solo podía gemir y sentir aquel dolor y aquel asco, solo podía pensar en ese hombre y en la primera vez que lo vi, cuando estaba con su caballo en el camino de Gayol, con la colilla entre los labios, y luego recordaba a la hija de la estanquera y su sucia sonrisa, y sentía que me estaban haciendo lo mismo que yo vi aquel día hacer a los caballos, y te llamaba en silencio, un grito sin voz, te llamaba, pero tú ya no estabas...

Se levantó dejándome desgarrada y rota, en muchos sentidos, por dentro y por fuera, y yo te busqué, y al principio solo vi tus gafas que estaban caídas sobre un líquido rojo y oscuro, y luego oí a los hombres gritar algo a alguien, y vi a Paco, el hermano de Águeda, en el interior de la cueva, con la escopeta calada al hombro, y luego un disparo, y después otro...

Entonces, Richard, un segundo antes de descubrir tu cuerpo inerte contra la arista de una roca que también parecía de alabastro, un segundo antes de darme cuenta de que habías muerto intentando defenderme, sentí cómo llegaba volando un pájaro de alas pegajosas y se comía a una pobre libélula que intentaba emprender el vuelo.

El eco de la felicidad se había ido para siempre. En La Bolivia nunca se volvió a oír. Las risas se apagaron y en su lugar quedaron los murmullos, las lágrimas, la desolación. A veces también las preguntas, todos necesitábamos saber por qué había ocurrido aquello, recuerdo a mi padre, abrazándome y tratando de explicar lo que no tenía explicación, la codicia, me dijo, y la maldad de aquella familia que era la de mi madre, y ella llorando en el más pertinaz de los silencios, espantada por sus propios miedos que se habían hecho realidad, y yo que solo quería hablar contigo, contarte, por fin, mi madre no tiene ningún amante, eran mis tíos, esos hombres que venían por las noches y la amenazaban, creían en lo que les había contado mi abuelo, que en las cuevas del peñón había un yacimiento de plata y que el libro contenía una fórmula para doblar el peso de los metales, y también necesitaba decirte algo más, algo que hasta entonces yo no sabía, necesitaba decirte que la fórmula no iba a aparecer nunca porque mi madre había roto el sobre que me dio Águeda, que al libro le faltarían siempre esas pocas páginas, tenías que saber el final de la historia, Richard, compartir conmigo el último de los secretos. Pero yo no podía hablar, nadie podía hablar. Había algo que se parecía al silencio, una contención, una

frialdad que me daban ganas de gritar. Y luego vino la culpa que se cernía sobre todos nosotros, y el castigo que cada uno tuvo que soportar, incluso Águeda, que por aquellos días vio cómo se llevaban a Paco a la cárcel, y Helen, que ya no volvió a reír, y la desesperación de tu padre, que en un arrebató de cólera rompió los tubos de cristal en los que guardaba los insectos. Eso nos pasó cuando te fuiste, que nos quedamos con el alma hecha jirones, como si fuéramos libélulas destrozadas por el aliento del mal.

Nos quedamos en el silencio, ya no había nada por lo que reír. El silencio. Durante días, durante meses, se pegó a las paredes de la que había sido nuestra casa y se atrincheró en cada una de las habitaciones.

Por las noches no podía dormir. Subía a la habitación de la torre y me asomaba a la ventana, intentando recuperar algo de lo que se había perdido para siempre. Recuerdo que una noche mi madre me sorprendió allí en la oscuridad. Se acercó a la ventana y me dijo:

—No pienses en ello. No necesitas pensar.

Hacía tanto frío. El viento soplaba con furia sobre la ladera del mirador. Era como si el mundo se hubiera partido en dos, como si se hubiera abierto un gigantesco pasillo de aire que arrastraba las hojas de los árboles y se llevaba nuestros espíritus, nuestras voces, arrasándolo todo con esa furia salvaje que siembra la destrucción a su paso. Mi corazón se había partido en dos y en su interior se había abierto un pasillo de aire por el que circulaba un viento feroz, aullando y sacudiendo las entrañas, sembrando de muerte y destrucción el recóndito lugar en el que viven los recuerdos. Y otra vez murió el verano, el tiempo de la felicidad.

Entonces nos fuimos de La Bolivia. Mis padres vendieron diez hectáreas de alcornoques, se deshicieron de su única fuente de ingresos, y compraron un piso en Granada. Mi padre encontró una plaza de archivero en la Diputación y más tarde pasó a encargarse de la Biblioteca Islámica. Acabó sus días sin haber podido recuperar nunca la cátedra que le habían arrebatado por estar alineado en el bando de los perdedores.

Recuerdo difusamente aquellos primeros días del otoño, el frío, el despacible viento, la sensación de que tanto a ellos como a mí nos habían vencido. Y el miedo. El desamparo. Y tu ausencia, que se mezclaba de

forma incomprensible con tu presencia. Tú no estabas, pero aun así estabas en todas partes.

Una mañana hicimos las maletas, cubrimos todos los muebles con sábanas viejas y cerramos la Casa Grande. Cuando el viejo coche de mi padre empezó a rodar por el camino de grava sentí como si me arañaran con fuerza el corazón.

Era una sensación terrible, un dolor difícil de describir. Allí íbamos los tres, acompañados únicamente de nuestros fantasmas y nuestra culpa.

En el camino, junto a las aulagas florecidas estaba Águeda. Mi padre paró el coche. Durante unos instantes nos quedamos mirando aquella figura enlutada que parecía haber mermado, se había hecho más pequeña, más delgada si cabe, su rostro era ahora afilado como el de una imagen religiosa, y sus ojos permanecían en un estado de alarmante serenidad.

Mi madre bajó del coche y se abrazó a ella.

—Tenemos que irnos —dijo con voz temblorosa.

Águeda sonrió con tristeza. Mi padre también se acercó. Le estrechó la mano y la retuvo durante un rato entre las suyas.

—Paco volverá pronto, en unos meses estará de nuevo libre —dijo—. Buscaré un buen abogado y le sacaré de allí, no te preocupes.

Águeda no respondió. Cuando me eché en sus brazos noté que se estremecía.

—Solo es octubre, pero hace tanto frío —murmuró.

Luego subimos al coche y, antes de que se pusiera en marcha, Águeda acercó el rostro a la ventanilla trasera.

—No llores, niña Irene —me dijo en voz baja—. El dolor no dura siempre. El tiempo lo trae y el tiempo lo lleva.

Era cierto. El dolor se va aplacando, remite con el paso de los años, pero de algún modo extraño sigue ahí.

Nunca se ha ido y nunca se irá.

He bajado hasta el cortijo de Los Llanos para despedirme de Águeda.

Estaba sentada en su pequeña silla de enea, cortando berzas que echaba en un caldero. Al verme entrar ha sonreído, como si ya supiera que iba a venir. Yo también he sonreído. Luego me he sentado a su lado y hemos permanecido así durante un buen rato, sin decir nada ninguna de las dos. Está muy vieja. Tiene el pelo de varios colores. El antiguo tono pelirrojo ha dejado paso a una gama de amarillos desteñidos por infinidad de canas. Su rostro es seco, anguloso, todavía con las viejas pecas que se han hecho grandes y marrones. Y sus manos están cuarteadas, igual que las uñas. Pero aun así me gusta. Es alguien que está muy cerca de mi corazón.

Hemos permanecido calladas durante un tiempo, no demasiado a decir verdad, pero el suficiente para darme cuenta de que nos estábamos comportando como tantas veces se comportaron mi madre y ella, con aquella especie de entendimiento sin palabras que me ponía tan furiosa. Al cabo de unos minutos, cuando ha terminado de cortar las berzas, nos hemos mirado a los ojos y por primera vez he tenido la impresión de que Águeda no sabía lo que yo quería decirle. Le he cogido la mano y se ha sobresaltado.

—Vengo a despedirme.

Ella ha asentido, pensativa, como si estuviera calibrando el verdadero alcance de mis palabras.

—Voy a vender la casa, ¿sabes?

Ha vuelto a asentir en silencio. Creo que se ha puesto triste y yo no he sabido si era por la venta de la casa o porque le dolía separarse de mí.

—Vendré a verte, no te preocupes —le digo acariciando su mano reseca.

—No lo harás— me dice muy seria.

Tiene razón. No volveré. De eso se trata al fin y al cabo.

—Y harás bien. Esta es una tierra que no nos ha traído más que desgracias. ¿Recuerdas cuando murió mi hermano? Quisiste venir al entierro y te pedí que no lo hicieras.

—Claro que lo recuerdo, Águeda. Fue hace unos diez años. Hablamos por teléfono.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? Que te olvidaras de todo, que vivieras tu vida.

—Lo sé. Pero lo sentí mucho. Sobre todo por ti, que te quedabas tan sola.

—Paco era un poco bruto, pero siempre fue buena gente. Nos arreglábamos bien los dos.

Volvimos a abrazarnos como aquella otra vez, a despedirnos de nuevo. Solo que esta vez era para siempre.

Antes de cruzar el portón me volví a mirarla. Estaba llorando y se secaba las lágrimas con el borde de su delantal.

Quise decirle algo, consolarla de algún modo, pero no se me ocurrió nada.

Y ahora estoy aquí, querido Richard, en el mirador, esperando al taxi que vendrá a recogerme desde Gayol y me arrancará los recuerdos de una vez por todas. Y no puedo evitarlo. Otra vez oigo la música, las risas, el canto de los pájaros y las voces.

El eco de la felicidad.

**Marian Izaguirre** nació en Bilbao y reside en Madrid. En 1991 vio la luz *La vida elíptica*, obra con la que obtuvo el histórico Premio Sésamo. Desde entonces ha publicado seis novelas más: *Para toda la vida* (1991), *El ópalo y la serpiente* (1996, Premio Andalucía de Novela), *La Bolivia* (2003, Premio Salvador García Aguilar), *El león dormido* (2005), *La parte de los ángeles* (2011, Premio Ateneo de Valladolid) y *La vida cuando era nuestra* (2013). Es también autora del libro de relatos *Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo* (1999, Premio Caja España).

Edición en formato digital: octubre de 2013

© 2003, Marian Izaguirre

© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Yolanda Artola / Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Mònica Mauri

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9032-877-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

## Índice

La Bolivia

La Bolivia, agosto de 1993...

Los ingleses llegaron una mañana...

Fue un día repleto de emociones...

Mucho después, cuando las cosas...

El paisaje cambió inesperadamente...

Pasó casi un mes...

Pienso en todos nosotros...

A veces tengo miedo...

El verano se deslizaba...

El otro día, cuando subí al desván...

El inglés y mi padre salieron al amanecer...

El verano seguía su curso...

Hoy he pensado en lo nocivo que...

No puse el corazón de una abubilla...

La primera noche no pudimos...

¿Por qué no hicimos caso de Paco?...

Nos quedamos en el silencio...

He bajado hasta el cortijo...

Biografía

Créditos